

La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

CENTIMOS

Madrid, 1 de Octubre de 1931 Núm. 115

Redacción y Administración:
PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44
debe dirigirse toda la correspondencia
Se reciben suscripciones
en las principales librerías



ESPAÑA Y PAISES
del Convenio
postal Hispano
americano... 7,50 pts
Extranjero... 10,00 —
15 pts. la línea del cuerpo
Polizas de suscripción
Descuentos: trimestre, 10
semestre, 15
anual, 20

Mi estatuto

El Robinsón literario

de España

la República de las Letras)

NÚM. 2



Número especial

redactado íntegramente

por Ernesto

Giménez Caballero

Pero usted, ¿es republicano, es monárquico? Yo—señores—, yo soy simplemente Robinsón.

En nombre de la libertad, señores, el Robinsón literario de España afirma su derecho a poseer su Estatuto, su estadillo personal.

Donde hay libertad—decía Lenin evangélicamente—no hay Estado. Pero donde hay libertad—corrige el Robinsón pragmáticamente—hay Estatutos. Hay estadillos.

Cada estadillo en sí constituye una mónada, una monarquía. Pero el conjunto de las mónadas realiza la poliarquía: la República.

El Robinsón literario se considera, por fin, feliz con ser un monarca dentro de su propia República. Un in—dividuo dentro de su biológica dividualidad. ¡Feliz!

A veces la contingencia toma forma de felicidad. Y ésta pudiera ser la triste y perfecta felicidad actual del Robinsón literario. La aceptación dichosa de lo que había sido hasta ayer inaceptable.

¿Puede existir en el mundo quien, *ab initio*, desee la felicidad del Robinsón?

Todos los Robinsones que en el mundo fueron, lo fueron siempre por una sola causa: *per accidens*. Por contingencia.

El Robinsón metafísico de Aben Tofail se vió obligado a hacer de Robinsón porque un filósofo quiso ensayar con su figura la autodidascalia. El *Hach ben Yocdan* de Abubeker, nacido sin padres y amamantado por una gacela, es Robinsón por fuerza. Pero en cuanto puede—a través del mundo sublunar y celeste que descubre—se evade en compañía, en compañía de Dios.

El Robinsón de Gracián, apenas madura su instinto solitario en la isla de Santa Elena, encuentra un *Critilo* que le salva de la soledad y le conduce al mundo.

El Robinsón de Foe es Robinsón por accidente, por naufragio. Más que Robinsón es un *Critilo* que salva al verdadero Robinsón de aquella isla: el indio *Viernes*.

De igual modo le ocurre a Alejandro Selkik. A todos los que zozobran en barca y se ven a solas consigo mismos.

Nada menos natural que el aislamiento. El aislamiento es una consecuencia siempre de una cualquier fatalidad.

Los místicos, los neuróticos de todas las épocas, lucharon con toda su alma por salvarse del "pozo de la soledad"—como lo llama Radcliffe Hall en su célebre novela—. Sólo cuando los demás les cortan los dedos, engarfiados en el brocal del pozo, es cuando se resignan a la inmersión, a la evasión. A la felicidad narcisística. A la dicha autística. A encontrar a Dios dentro del interior castillo. A pasear por las siete moradas. Al auto—diálogo—como dice Unamuno—. A la noche oscura del alma, que, al fin, es luz.

Desde niño he tenido el horror a sentirme abandonado. Pero desde niño fui gustando la inefabilidad venenosa y magnífica del quedarme solo.

A una norteamericana que se interesa por mi biografía, le contestaba recientemente sobre "cómo era yo en el colegio".

En el colegio yo tenía siempre un puesto cerca de la ventana que daba al jardín. Por ella me evadía constantemente sin moverme de mi sitio. No lograba retener la atención en la clase. Sufría castigos. Los demás chicos se reían de mí. Era preciso, después, que mi voluntad social luchase contra mi instinto evasivo y recuperase, en violento trabajo sobre las lecciones, el tiempo perdido. La enseñanza desaparecida. De igual modo—luego—en el Instituto. En la Universidad. ¡Imposibilidad de atender a quien me hablaba y me explicaba! Yo no he podido todavía escuchar una sola conferencia por entero. En el teatro me duermo con frecuencia. En el Parlamento no sabría responder a una interpelación. Me podrían insultar sin darme—momentáneamente—por aludido. Y, sin embargo, yo he luchado con heroísmo—desde niño—contra ese tobogán de mis instintos en fuga interior.

(Por eso, donde más gozo y sufrimiento alcanzaría luego sería en el Ejército. ¡Sentirse encadenado y libre! ¡Enjaulado y ausente! En las marchas del batallón; ¡sentirse un número, una mónada, una molécula, dentro de un cuerpo total: el batallón! El batallón me arrancaba mi *yo* como una muela, a tirones, para que no me doliese más.)

Recuerdo todavía cómo en la vieja Biblioteca del Colegio Imperial de los Estudios de San Isidro lloraba yo en silencio porque no sabía cómo leer, cómo mitigar la sed de lectura que me abrasaba. No había tras de mí un guía, un profesor, nadie, nadie que calmase esta sed; me dejaban solo. Rodeado del mar de todos los libros. Germinando rencor social contra este desvalimiento pedagógico.

Me acuerdo también cuando me fui a Estrasburgo a los veinte años. ¡Qué debo hacer allí?—pregunté angustiado. Nadie me dió una hoja de ruta concreta. Usted se arreglará solo. Sí. Entre angustias e inútiles esfuerzos, me arreglé. Me desarreglé.

Me acuerdo, también, cuando una tarde me acerqué a Ortega y Gasset, pidiéndole maestría, encauce, amparo, ducción. A usted hay que dejarle solo, a ver lo que hace—me respondió Ortega, sonriendo enigmáticamente.

De igual modo me acerqué a la política, al cine, al viaje: lleno de inocencia, de fe, de entusiasmo y de esfuerzo. Volví con las manos cargadas de frutos. Pero nadie quería compartirlos.

Y es que el secreto estaba en esta gran tragedia española: que me acercaba a otros Robinsones.

Todos somos en España, todos—monárquicos, republicanos?—No. Robinsones. Permitid a uno de ellos—al mas sincero de todos en este momento—que enarbole su Estatuto en medio de su isla, de su alma. Y haga, como monarca, su real gana dentro de la indisoluble República de sí mismo.



HACER EL JABALI, TERRIBLE TABU

Pocas veces en su vida meditativa habrá hablado nuestro filósofo Ortega, más *instintivamente* que cuando denunció con su célebre frase del *jabali* uno de los tabús más terribles del Parlamento actual. ¿Supo bien Ortega lo que denunció? ¿Me permite preguntarle sobre el alcance de lo que aludió?

Porque el alcance de lo que aludió era eléctrico, fulmineo, de muerte. Era el tabú más peligroso del Parlamento: *hacer el jabali*! (Y sus sucedáneos caricaturizados: el *tenor* y el *payaso*; es decir, el *protagonista*.)

El jabali era el animal sagrado de Afrodita, el jabali era la fiera divina que—iracunda y vindicativa—dió muerte violenta al pobre Adonis, al bello,

TOROS, PARLAMENTO

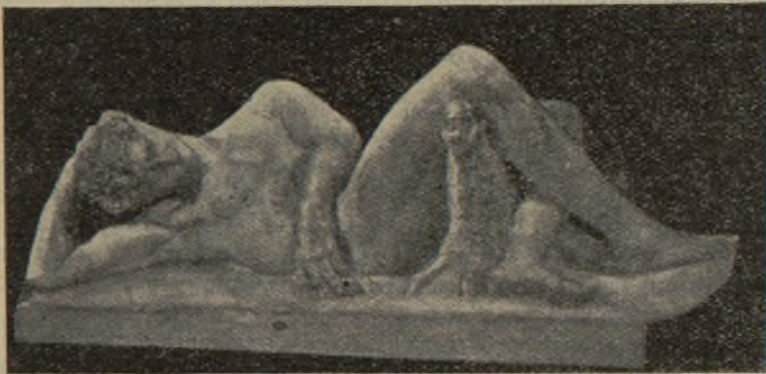
Sé que ya se ha comparado más de una vez, pero me importa insistir en la comparación de nuestro Parlamento con nuestras corridas de toros.

Creo que esta semejanza es quizá la única que sostiene la popularidad del parlamentarismo en España. ¡Ah, si las sesiones del Parlamento fuesen en la plaza de toros, al aire libre, como en Grecia, en un ágora! Se venderían los tendidos con sobrepuestos de revendedor. Se llenaría el hemicycle todas las tardes. Se empujarían colchones por una contrabarrera. El español siente la voluptuosidad de la palabra y de la sangre. El Parlamento tiene el mismo argot en España de las corridas de toros. "¡Esta tarde va a haber hule!" "Ha sido una sesión (corrida) aburridísima." "¡Hoy se ha revelado un fenómeno, señores!" (¿José Ortega? ¿Domingo Ortega?)

Se oírían voces desde los taxis de alquiler, antes de las cuatro de la tarde: "¡A las Cortes! ¡A las Cortes!" "¡A los toros, a los toros!"

¡Qué error poner tejado, techo, tapadera, a la arena parlamentaria de España! ¡Qué error antidemocrático! ¡Qué falta de sentido no convertir en auténtica fiesta popular esos concilios oligárquicos, realizados siempre a espaldas del pueblo!

El pueblo no sólo lo agradecería, sino que salvaría el Parlamento con el mismo furor obcecado que salva las corridas de toros. Aunque un dictador disolviese el Parlamento durante los inviernos, se



Adonis muerto por el jabali (Júpiter).

ardido y joven amante de la diosa. (¡Hacer el jabali!)

Hacer el jabali es hacer el Júpiter en cólera, el Padre Todopoderoso, a quien un efebo burla con Afrodita. Es revivir al omnipotente, al tirano, es revivir al déspota, al castigador severo, hacer el jabali.

¡Terrible neurosis la que estremeció al Parlamento! ¡La que estremeció, sobre todo, al mismo Ortega, joven Adonis de la diosa España!

¡Hacer el jabali! Por entre la foresta de Castilla, ¿alguien va a turbar el idilio divino, con sus colmillos retorcidos y mortales? ¿Aparece el vengador por entre las zarzas florecidas? ¡Qué horror!

Bajo pena de muerte—muerte sangrienta de Adonis, muerte castrada de Atis—¡nadie haga, en la foresta parlamentaria (ni en broma), el jabali!

EL DIVO, DE ARAQUISTAIN

Ya en tiempos se le llamaba a Araquistain el "espíritu maligno". Malignidad valerosa se necesita para escribir todo un ensayo sobre el *Divo de la Vida*, sin decir quién es ese divo, pero silueteando entre las figuras retóricas—como en los rompecabezas—un retrato personal. No había más que coger aquel ensayo, mirarlo de través y encontrar el divo. Es decir, el autor de aquella célebre frase en el Parlamento prohibiendo hacer el divo (el tenor, el payaso, el jabali). ¡Maligno socialista, de Araquistain! Consecuente socialista, consecuente republicano, Araquistain, que persigue los *caudillajes* hasta en el escenario donde él mismo tiene su máscara trágica.

SAINZ RODRIGUEZ, ROMPEOLAS

Es no conocer a Sáinz Rodríguez, amigos radicosocialistas, es no conocer a Sáinz Rodríguez, querer hacerle el vacío. Basta su firme mandíbula, su repleto torso, su aplomada figura, para llenar todos los vacíos, para estallar todos los neumáticos.

Sáinz Rodríguez resistió como un cubo de muralla el ataque de las olas, de los holas y adioses de la fratria iracunda. Por un momento representó Sáinz Rodríguez, *¡el asambleísta!*, todos los pecados de la Asamblea dictatorial. Pararrayos del temporal, Sáinz Rodríguez. Y como pararrayos, radiante. Es no conocer a Sáinz Rodríguez ponerse en pelotón para barrarle el camino, el derecho a la poltrona. Pedro Sáinz será ministro. El saque de Romanones, el saque de la Asamblea, el saque de Cambó, el saque de este Parlamento, han sido sus entrenamientos para el partido decisivo. Tiene muchas posaderas y mucha flemma este decidido Sáinz Rodríguez para que unas cuantas flacas voces aspasentadas le rompan la poltrona de terciopelo.

EL GALVANIZADO

¿Conocéis a ese diputado que desde su tumba se levanta a recordar a los espíritus pacificados y pacifistas aquello del *Turismo*?

¡El turismo, el turismo! ¡Que aun hay ánimas en pena dentro del turismo!

El banco azul se calla y le tira del faldoncito para que se siente y se le pase la galvanización fatal.

Ya antes de ser diputado y descansar en paz, también le tiraba alguien de la manga, cuando se le iba la mano en eso del Turismo. Era aquel amigo suyo que no quería hurgar demasiado, no fuese que apareciesen en el *Turismo* unas pesetillas cobradas "antes de las invectivas".

LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y MELQUIADES

Veo que Melquiades Alvarez ha dicho en un discurso que "la violencia y el crimen no están escritos en el Código de los Derechos del Hombre".

Tiene razón Melquiades Alvarez. Razón que le sobra.

La Violencia y el Crimen están escritos con letras de oro en el Código de los Deberes del Hombre, como los más humanos de estos deberes.

UNAMUNO Y CATALUÑA

No me explico de modo natural—como no se la explican los catalanes—esa saña que a Unamuno le entró contra Cataluña. O uno no entiende ya a Unamuno, o Unamuno no entiende ya a la República.

Por respeto y otros motivos serios, prefiero creer que es uno el que ya no entiende a Unamuno, cuando Unamuno se desafora por "la unidad republicana", contra el particularismo de la Generalitat.

Sin embargo, sería la hora de preguntar a Unamuno por qué la República ha de ser como fué la Monarquía, y no como debe ser la República en España. Una República unitaria en España no sería República, sino Monarquía.

Los catalanes están en lo suyo al pedir lo que piden, y al estar en lo suyo están en lo de la República. Quien no está en lo de la República es Unamuno, al pretender que Cataluña haga lo que le dé la real gana a un ilustre vasco, por muy ilustre que sea.

En España no hay todavía ni seguirá habiendo quizá por tiempo, que esta disyuntiva: o gritar viva la República con todos sus estatutos o viva Alfonso XIII con todos los suyos.

Fuera de esos dos vivos, no queda más que el viva secreto e intransferible del Robinsón literario, el ¡viva de su estatutillo!

HITLER, MACDONALD, PRIETO

Hitler y MacDonald, los falsos socialistas anglosajones, los simios nórdicos del fascismo del sur. Hitler, con su torpeza y pesadez imitando a Roma, con su obsesión de bárbaro alemán por el mundo antiguo. MacDonald dando el paso—a última hora—que dió Mussolini hace doce años *contra*, sobre el socialismo, erigiéndose en caudillo del mundo imperial sobre las ruinas proletarias. ¡Y en España hay quien cree todavía en la superioridad de los anglosajones! Entre ellos, nuestro hacendista Prieto, cuyo socialismo ni con sales inglesas recobrará ya su sentido!

Los anteojos



VEO A MELCHOR SIN ACTA

Veo a Melchor Fernández Almagro, castigado, sin acta de diputado, en el

cuarto oscuro de los niños malos. El debía haber sido uno de los primeros putados, por lo constituyente que siempre, por lo demoliberal, por haber escrito todo un libro muy bueno sobre las Constituciones de España. Y, sin bargo, ¡nada! Y todo ¿por qué? Porque esos chicos de la "Nueva España" le pusieron el Turismo como un so a nivel cerrado sobre la vía, hasta que pasó el tren, hasta que no pudo marcar el billete, hasta que tuvo que permanecer en tierra, mientras ellos paraban a horcajadas, sobre los topes, en turnos de torerillos-randas.

VEO A CORPUS DE ORADOR

Veo a Corpus Barga—Corpus Varga como le llamaba el periódico de provincias en que lo leí—de orador en Cádiz. Como un personaje barojiano de FERIA de los Discretos.

¿Ha tenido mucho éxito? Me interesaría grandemente saberlo, porque no lo puedo imaginar bien como orador.

Tampoco me lo he imaginado muy bien—a pesar de verle siempre en el de corresponsal de "El Sol" o de "Nación". De periodista a secas.

El gran Corpus Barga lleva en sí grandes promesas que le deseo de corazón las realice un día.

Lleva un artista, un solitario, un poeta. Pero lleva también una estirpe de diplomático.

Corpus es el bohemio que hace a veces el poeta y el diplomático. Debía ser contrario. Ante todo, poeta, o diplomático. Y hacer a ratos el barojiano, cosa que añade distinción a toda posición sólida en la vida.

VEO A JUAN DE LA ENCINA EN CONSERVADOR

Veo al simpático, al excelente amigo Gutiérrez Abascal, de director de un semanario, como era justo. (Y como le prometí aquel extraño y olvidado Gabi García Maroto, en su libro Nueva España, 1930. Aquella auténtica Nueva España publicada en 1927.)

Así como a Valle-Inclán se la ha dado a guardar el tesoro artístico nacional a Esplá la música, a Juan de la Encina la pintura moderna.

¿Quién hubiera dicho que la República iba a hacer a nuestros más revolucionarios críticos, artistas y músicos, "conservadores del arte".

VEO A UNA INSTITUCION A LA INVERSA

Desde el primer momento que lo vi el Robinsón irritóse. Ahora ya no puede más de indignación. Todos sabéis lo que me refiero. Todos sabéis que do a la sonrisa soez y a la insidia de esa famosa institución española bigotada, arrogante, viril y valiente cuando habla a escondidas de su superior.

Esta institución bigotada, arrogante viril y valiente de España quiere mostrarse a sí misma que el jefe de Dios le ha dado carece de los atributos en que ella abunda.

Pero ¿dónde están esos atributos querida institución?—pensará desde frontera algún antiguo sostenedor aquellos atributos.

¿Dónde estaban que no los sacáis para sostenerme a mí, que os lo sostengo tanto? Permitid que empiece a dudar de su existencia.

Algo parecido piensa el Robinsón. ¿Dónde están tales atributos si permitís que "un solo hombre" y muy hombril cabalque a pierna llena sobre todos los otros? ¿A qué esas sonrisitas y chistecitos? Las cosas están "a la inversa" de lo que pensáis vosotros.

Sonreíd, chistear como mujeres—jeron a los Boabdiles—, cuando aquellos sabéis de la reconquista.

LOS ENSAYOS DEL ROBINSON

Análisis—más que real—de la República Española

A GREGORIO MARAÑÓN

GATO A GATO FELIX

Yo creo que un Robinson Literario, situado en el centro de su isla española, debe tener como primordial deber el explicar lo que le rodea. Desde los fenómenos más minutos hasta los más fenomenales. Indagar la naturaleza de la naturaleza circundante. Delimitar su yo monocrático de todo Robinson, de su yo (la pluriarquía circunstancial). El Robinson Literario declara a la realidad de su isla que el fenómeno más preocupante que le atenazó el ánimo desde el 14 de abril de 1931 es aquel—céntrico—de los orígenes de ese mismo 14 de abril.

¿Qué es y significa la República española? ¿Cómo ha venido a España la República española? ¿Qué porvenir puede tener la República española?

Cuestiones éstas que—como Gato Félix—se las paseó rabo entre piernas, manos a la espalda, testa cabizbunda, día y noche, el Robinson por su isla, arriba y abajo, abajo y arriba. Tal que meditador profesional y no contingente.

Hasta que—como a Gato Félix, al anca bien estimado Gato Félix—le irrumpió algo, súbitamente, del cráneo. Una aureola telegráfica de rayos—punto, raya, raya, punto, raya—; un sigarario solar; los alegres timbrazos de la idea luminosa. Como Gato Félix, el felice Robinson sintió, en un momento, la luminosidad del camino abierto. Y como Gato Félix, Robinson bailó durante cinco minutos su danza autística antes de ponerse en marcha.

LAS DOS VIEJAS EXPLICACIONES

Hasta ahora—se dijo metódicamente Robinson Literario—sólo se habían podido dar dos explicaciones de la República española. Viejas, clásicas explicaciones enciclopedias: de aplicar a tal fenómeno de la vida hispánica las dos dimensiones tradicionales de lo real y de lo ideal. Del hecho y de la idea. Robinson mismo había utilizado en reciente viaje por medios extraespañoles, extrarráneos, tales dos análisis clásicos. Análisis utilizados previamente en España y en América por mentalidades tan altas como las de Marañón, Araquistáin, Pérez de Ayala, Madariaga y tal vez alguien más.

Según la explicación real o histórica—tan manoseada en todo mitin republicano—, la República española llegó el 14 de abril a España como una consecuencia material y tatable de los desaciertos y errores de la Monarquía hispánica.

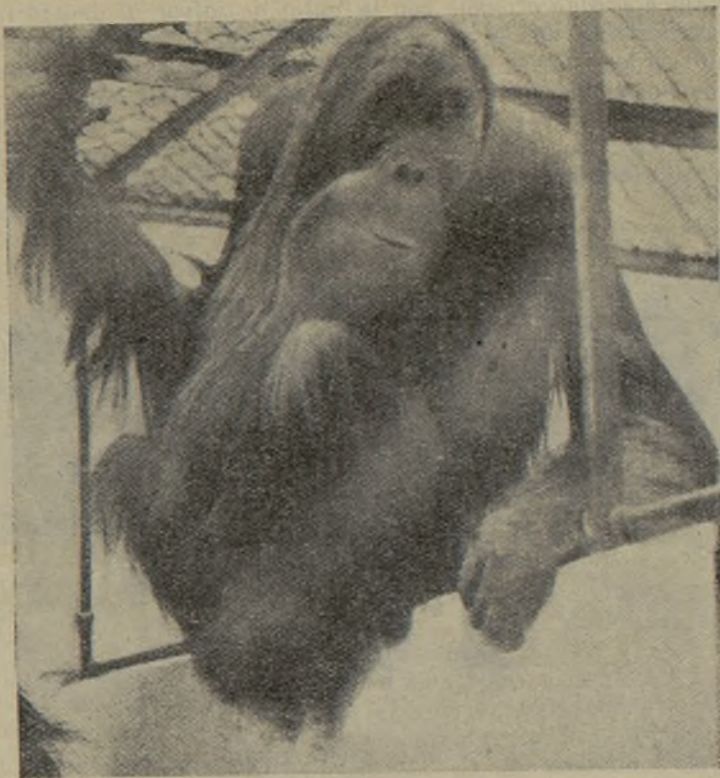
Si los reyes hispanos no hubieran hecho esto y eso y aquello, la República no hubiese llegado el 14 de abril de 1931 a España. Pero como los reyes hispanos no hicieron aquello, eso y esto, la República llegó a España el 14 de abril. Es decir, por sus pasos contados: uno, dos, tres, cuatro... Por vías ponderables. Por leyes casi físicas. Leyes fatales de una física histórica. La República llegó fatalmente. Por histórica fatalidad.

La segunda explicación—la ideológica—ha consistido en suponer la República española como un devenir evolutivo en la sensibilidad de nuestro pueblo. Según la explicación ideológica de nuestra República, este régimen sería la consecuencia de un refinarse popular, gracias a las inyecciones selectas de cultura expelidas desde el Renacimiento por nuestros mejores espíritus. Tal fermento selectivo, para reanimar

la sensibilidad de nuestro pueblo hacia un día de progreso y libertad, fué acentuándose desde que Giner de los Ríos y Pablo Iglesias, recogiendo una herencia "reformista" de cuatro siglos españoles, se distribuyeron a principio del siglo las dos clínicas u hospitales de incurables de la nación: los intelectuales y los obreros. Las minorías y las masas. El 14 de abril de 1931, según la "tesis ideológica" no sería sino la eclosión triunfal de esa sensibilidad española reformada, camino de la libertad y del progreso.

SANTA TERESA Y EL PERRO ANDALUZ

El Robinson, una vez más declara,



El antepasado de todos los tiranos, el Urvater de la horda antropológica.

que tales dos tesis clásicas—la del "error de los reyes" y la de "las minorías sensibles"—las ha utilizado en público, con ese respeto de ni poner ni quitar verdad, que significa el usar lo que usan los demás, habitualmente.

Pero... ¿por qué no declarar también la insatisfacción íntima que tales afirmaciones le producían?

Ahora no es un momento de declaraciones públicas. Robinson está solo y puede hablar altamente, sin engañar a nadie. Robinson puede atreverse a rechazar tesis y puede atreverse a forjar tesis. Nadie le ve, nadie le oye, sino su conciencia y aquella instancia temible de que hablaba Esquilo: *El que todo lo ve y todo porta en la mente escrito*, el ser de las tesis infalibles.

Robinson puede osar el darse explicaciones de la República española que superen el sentido histórico y el sentido doctrinario de las hasta ahora vigentes. Puede disponerse a un análisis más que real y más que ideal, del fenómeno español. Un análisis ¿superrealista? ¿Intra-psíquico?... ¿Por qué no? ¿Acaso tal método místico no es el que corresponde a una mentalidad como la de un Robinson hispánico, buceador de moradas interiores por donde anduvo ya Santa Teresa con su perro andaluz?

LE PETIT SAUVAGE

El Robinson literario—como si sintiese su vida en la isla salvaje—tuvo siempre una ardorosa curiosidad por la vida salvaje y primitiva de los hombres.

Sus mejores lecturas, sus más caras elucubraciones, se las debió siempre a

este tema básico de sus preferencias: la vida remota y misteriosa de los aborígenes humanos. (De ahí su inclinación por los aspectos religiosos, míticos y folclóricos de las cosas. Su poesía por el vivir transido, superreal.)

La constitución humana—se ha dicho—es el efecto de un proceso histórico. (Lo cual es igualmente valedero para las restantes especies biológicas.) Para reconstruir la remota e innumerable historia del hombre, el hombre no ha encontrado hasta ahora otra vía posible que la de su propia psique.

La historia, evolución de cada singular individuo, repite sumariamente la evolución consumada—en el curso de los siglos y de los milenios—por la especie a que pertenece. De ahí que en la vida psíquica del niño se encuentren muchos elementos de la prehistoria de la humanidad.

Pero no sólo en el niño—como sujeto de análisis retrospectivos—, sino en los propios primitivos o salvajes actuales es donde el investigador de profundidades,

Conocido es de todos el uso—y a veces el abuso—que el gran Freud y sus psicoanalistas hicieron del complejo edípico, nódulo axial del sistema. El complejo edípico valió para explicar desde la fobia de un niño de cinco años por su perro, hasta la loba del Campidoglio. Desde los cuernos de Miguel Angel hasta el misterio de la Eucaristía. Desde las tragedias de Equilo hasta el drama medieval de la Pasión (y hasta el film superrealista de "L'age d'or"). Si una tal vara mágica valió para explicar tantas y tan oscuras cosas—se dijo el Robinson—, ¿por qué no habría de valer para analizar algo menos significativo y difícil, como era la actual República española?

Este fué el "luminoso eureka"—que, como a Gato Félix, y como al *petit sauvage*—le asaltó a Robinson en la soledad de su isla. Una aureola radial, telegráfica, le salió de la cabeza: punto, raya, raya, punto, raya...

EL ORIGINAL PECADO

Efectivamente—el complejo de Edipo valía, con toda exactitud y toda originalidad, para analizar el complejo republicano español—, era una dimensión, superadora de las dos tradicionales aludidas. A su luz abisal y poliédrica el problema español, aparecía desnudo, neto, aristado, limpio: descomplexado, desovillado: aceptable. El Robinson—con la delicia de los descubrimientos—fué disponiendo los términos de su hallazgo, como piedrecitas votivas en torno a un fuego central.

Según el complejo de Edipo, los orígenes de la sociedad humana se vieron manchados por un pecado original: justamente del que habla la Biblia y al que aluden casi todas las mitologías y religiones de una manera o de otra manera. Este pecado—capciosamente velado hasta la indagación psicoanalítica—no fué otro que el del asesinato y devoración del padre o jefe de la horda, por sus propios hijos, por la hermandad hórdica—ávida de arrebatar la autoridad y las mujeres del patriarca primitivo.

Freud publicó en 1913 su *Totem und Tabu* (in Ges. Schriften. X) cuatro años más tarde de su estudio sobre la fobia de un niño por su padre, transferida a un perro (*Analyse der Phobie eines 5 jährigen Knaben*, in Ges. Schriften. VIII).

Lahermandad o fratria más rebelde, los hijos más duramente reprimidos por el patriarca, tiranizados largo tiempo por éste, se decidieron un día a su asesinato, y a devorarlo, para lograr su poder, pues según la magia homeopática, sólo se adquieren las virtudes de un ser injiriéndolas materialmente.

Repartidas las mujeres, y creyéndose todos poseedores de las virtudes paternas, una gran confusión autoritaria surgió en la tribu—dando lugar a fratricidios (mitos de Caín y Abel, Rómulo y Remo, etc.)—, poniendo sólo un cierto orden provisional el reinado de la madre (matriarcado). Hasta que los fra-tres fueron expiando el parricidio, reviviendo místicamente al amado y odiado padre en la figura de un animal sacro (totem). Por lo que le hicieron inmatable, inasesinable, intangible (tabú). Así como constituyeron en ley de rigor evitar todo ulterior reparto femenino dentro de la misma tribu (exogamia).

Freud fué aplicando el gran secreto a toda religión. Así, el cristianismo no es sino la expiación de Cristo—con su propia vida—del pecado original de sus hermanos (del parricidio del Dios Padre Todopoderoso) salvándolos. La Eucaristía no es sino el recuerdo del banquete totémico, o sea, un rito de magia homeopática. El culto de Mitra, que tanto influyó en los orígenes cristianos, se basa también en la muerte de un toro (dios padre) por un hijo, Mitra.

El descubrimiento de Diderot, con su *petit sauvage*, unido al de Darwin sobre los antropoides superiores, y combinando con los hallazgos sobre el totemismo de Long, Mc. Lenan, Robertson Smith, y otros etnólogos, condujeron a la original y ávida interpretación freudiana a dar, como de la mano, con el viejo mito heleno de Edipo. Ese mito, en el que—inexplicable—había un gran salvaje realizador de aquello que el *petit sauvage* de Diderot no se atreviera: *Tordre le cou à son père, et coucher avec sa mère.*

EL TOTEMISMO COMO ACTUALIDAD

El eje sobre el que giró toda la sistemática de Freud residía en una ecuación demopsicológica: *niño = salvaje*.

Así como todo niño debería pasar por el complejo edípico, así era presumible que todos los pueblos en sus formas niñas o primitivas, hubiesen pasado también por él.

Sus indagaciones personales cerca de sujetos infantiles—comprobadas después, y enriquecidas por nuevas demostraciones de un Ferenczi, de Budapest; de un Abraham, de Berlín; de un Wulff, de Odesa—, dejaron terminantemente sentada la verdad del primer postulado; esto es, del "niño que odia al padre y querencia a la madre"; del complejo edípico infantil. Le faltaba a Freud ensayar el mismo método en "las infancias sociales", en "los grupos primitivos humanos", tanto en los que existieron originariamente durante la prehistoria, como en los existentes aun hoy sobre la tierra, los salvajes actuales.

Material para su análisis encontró en dos fuentes básicas: las mitologías, de un lado; y de otro, la documentación etnológica que desde fines del siglo XVIII venían archivando viajeros y científicos (en especial aquella referente a la singular costumbre del *totemismo*).

No es este el sitio ni el instante de vulgarizar una vez más lo que sea el *totemismo*. Bástenle recordar, que la palabra *totam*, tomada de los indios norteamericanos, fué introducida en 1791 por I. Long en el lenguaje etnográfico, para designar cierto culto religioso y social de algunas tribus salvajes, consistente en agruparse bajo un "animal simbólico" o *totem*.

El totemismo comportaba—como culto—dos caracteres fundamentales: el respeto al animal *totem*, al que se hacía supersticiosamente intangible (*tabú*), y la prohibición de casarse los miembros de la misma horda totémica con las mujeres de la propia tribu (*exogamia*).

Generaciones de investigadores se sucedieron en la etnología dando interpretaciones a esta extraña, inexplicable costumbre, a la cual se iban añadiendo cada vez más datos ilustrativos. Sólo el escocés I. Ferguson Mc. Lennan (1869-70) logró centrar el problema totémico a términos que recogería Freud más tarde para su psicoanalítica interpretación.

Esta interpretación consistió en descubrir el *misterio totémico* como el *pecado original* de la humanidad en su fase expiatoria: en descubrir el *complejo de Edipo* como la más antigua religión del género humano, aun vigente entre los caníbales y otros inferoantropos.

Es decir, que el *totem* no era sino la transferencia a un animal sagrado, del temor nacido tras el asesinato, devoramiento y reparto de las mujeres del jefe de la horda.

Entre los pueblos más evolucionados, en las familias de grandes linajes, aun se conserva la creencia de ser un animal místico—un *totem*—el progenitor suyo. (*Loba*, de Roma; *Oso*, de Berna; *Toro*, de España. Y toda la animalia simbólica de las heráldicas nobles.)

Pues bien: lo que faltaba justamente en las aplicaciones sociales del totemismo—dentro del método psicoanalista—era el encuadrarlas, no en sistemas transidos y evolutos—como el *cristianismo*, el *culto de Mitra*, las *hordas australianas*—, sino en *complejos sociales vigentes y nacientes, en actualidades devinientes, sientes*. Es decir, en estados políticos del tiempo actual y porvenir.

Tarea esta que el Robinson se puso—loco de videncia—a realizar sobre su fenómeno preocupante: la República española.

EL "URVATER" MIGUEL

Con certeza intuitiva las gentes en España han atribuido desde el primer momento la causa de la República española—no al *error de los reyes*, ni al *progreso cultural de las minorías*—, sino a un simple nombre que lo resumía todo: *Miguel Primo de Rivera*.

¿Quién fué Miguel Primo de Rivera? Según la Historia de España un general de buena familia. Según la opinión de algún fratre de las "minorías", un pájaro de cuenta, un dictador, un déspota.

Pero según la psicoanálisis, Miguel Primo de Rivera fué un *Urvater* de la tribu española; un ser de sentido patriarcal que un día, con salto de antropoide, asumió íntegra la autoridad del grupo social, prescindiendo de todo *partido*. Y disfrutó seis años de las prerrogativas de que hablaba Darwin sobre los marsupiales.

Los machos restantes de la tribu no tardaron en ir tramando la total conjura, el inevitable *pecado original*, con la esencial característica que se dió siempre el asalto de los fratrias al *Urvater*: o sea la de "participar colectivamente



Danza totémica guiada por un jefe de horda actual.

en el crimen, por no haber un nuevo *Mitra*, que quisiese asumir por sí solo la *muerte del toro*". Cada complot contra el *Urvater* español revelaba ya el sentido colectivista y hermanado del ataque. Una vez era "la noche de San Juan", otra la fratria de los artilleros (todas estas *rebeldías* dominadas, como por el Dios de la Biblia, separando los ángeles buenos de los ángeles malos), y otra, la que decidió la *fratria* más joven, rebelde, de los estudiantes, aprovechando que el patriarca comenzaba a chompear y a soltar las riendas. Y a degenerar su prestigio de positivo en negativo, de admiración en execración, cumpliendo fatalmente esa ley de toda mitología, subrayada por Wundt; según la cual, "una fase anterior dominada y reprimida por otra, se mantiene, por el hecho mismo de su represión, al lado de la dominante, en una situación de inferioridad; transformándose lo que en ella era venerado, en objeto execrable". Cuando la *fellowship* estudiantil logró con su presión hercúlea de *Federación* (F. U. E.) expulsar a París al viejo *Urvater*, la República quedó en España proclamada de hecho.

Aun recuerdo el banquete de Sbert en la Bombilla, en el cual se verificó una ceremonia con todas las características del banquete totémico: sobre una bandera donde estaba asesinado en un *jmuera!* el patriarca, Sbert instintivamente derramó su vaso de vino tinto; lo cubrió aún de simbólica y eucarística *sangre*.

EL REY O EL ENTERRADO VIVO

Ahora bien: ¿cómo se explica que el rey—sino *tuvo error*—fuese arrastrado por la caída del patriarca tirano? ¿Fuese enterrado vivo con aquel entierro?

Es que el rey tuvo, sí, un terrible y único *error*. Ese error que también ha señalado el ojo popular, clarividente: el error de "identificarse con la autoridad del tirano". De ahí, que *tirano* y *rey*, para el odio rebelde de la masa tiranizada significase una misma y única cosa. Del mismo modo que Berenguer, al asumir el tercer grado de este complejo autoritario—el de *subtirano*—, recibiese en pleno la ira ya desbordada e incontenible.

Se podría hacer un esquema de "responsabilidades" en ese orden: *Primo, Rey, Berenguer*.

Los viejos ministros del rey—los "constituyentes"—, resentidos por el puntapié del dictador, tuvieron un significado ambivalente: de un lado, un *ansia de salvar al amado rey* con una constitución; de otro lado, el *ansia de hundirle* (por haberles preterido con el tirano), haciendo que esa constitución

abogado, el médico, el socialista, el bo, e incluso la misma mujer, con falda, sexo y todo. Es decir, aquellos elementos de sentido, que llamaría *intersexual*, que diesen un sentido humanitario, pacifista, dulce, idílico y materno de la situación. Por consiguiente quedaron relegados a sospecha, vigilancia o desuetud, los elementos más típicamente virófilos y agresores: *sindicalistas, militares, ingenieros, empresarios...*

APARICION DEL "TOTEM" ESPAÑOL

Tras todo derrocamiento y muerte del tirano, vino siempre a la colectividad una fase depresiva, que se ha llamado la "fase expiatoria". La agresión parricida comienza a "pesar". Y la fratrias a postular un sucedáneo de *Urvater* transido. Una nueva autoridad específica. Un tirano que no sea el tirano, sino que lo recuerde en positivo, esfumado, inanimadamente. Así nace el *totem*. El animal *sacro*. Lo *santo*. Lo *tabú*. Lo *cadosh*, que decían los hebreos. El *agios*, que decían los griegos.

Las hordas primitivas y los salvajes actuales elegían un ser de otra especie biológica que simbolizaban las virtudes del antepasado ucciso. Y a este ser, este *totem* (totem del lobo, del oso, totem vegetal, como el árbol de la ciencia) le daban el puesto autoritario plebiscito comunal.

Pues bien—en España—, apenas pultó Primo de Rivera, se pudo observar en las fratrias hispánicas una querencia de "lo desaparecido". De ahí que los principales rebeldes en busca de "lo nuevo", fuesen antiguos colaboradores del *Urvater*. (Algunos eminentes aviadores, algunos eminentes socialistas...) Y al mismo pueblo se le sentía presenciar un nuevo complejo autoritario que le vengase de la burla de *subtirano* (Berenguer).

En España, esa querencia, ese postulado, esa volición totémica logró asombrar exactamente Alcalá Zamora. El cual creaba con su figura el complejo totémico andaluz: recordado en acento ceceante y hasta físicamente "desaparecido". Pero lo recordaba, asumiendo un aparente sentido hostil opuesto.

Se puede afirmar, sin temor a error, que todo "presidente de República" es un *simbolo totémico de la realeza*, o *Urvater*.

La mejor prueba de ello es la caducidad periódica que las Cortes, que todo Parlamento, asigna al mandato de sus presidentes. Del modo que los fratrias celebraban periódicamente "el banquete totémico para devorar al totem presidencial".

Alcalá Zamora supo maravillosamente encarnar su símbolo totémico, verdadero presidente de la República. O sea, reduciendo su autoridad a límites tan invisibles que se confundían con los límites de las mismas fratrias, del partido republicano. El cual partido, al reverter su autoridad propia en el símbolo totémico lo convertía en *tabú*. De ahí la dificultad de *sustituir* al irreemplazable Alcalá Zamora, hasta el presente.

Cualquier sustitución que recayese en una figura con tendencia acusada a la *personalidad*, sería fatal para la República nuestra. Y el mismo Alcalá Zamora se jugará el puesto central el día que quiera *imponer* cualquier postulado personal.

Una República perfecta es aquella en que se equilibran las presiones del poder *totémico* (presidente) y del poder de las *fratrias* (Gobierno, Cortes, partidos).

LA CORRESPONDENCIA PARA El Robinson Literario de España DIRIGIRSE A CANARIAS, 41

REPUBLICAS QUE NO SON
REPUBLICAS

Cuando ese equilibrio de presiones se desequilibra viene el fenómeno típico de las Repúblicas tiránicas o de las Repúblicas caóticas.

Los casos de Francia, de Estados Unidos y de Rusia, no son ya de verdaderas Repúblicas.

Es un error creer que Rusia, Estados Unidos y Francia—por citar tres ejemplos destacados—sean hoy verdaderas Repúblicas.

La época de las fratrias ha pasado

ta en muchas medidas gubernamentales de carácter opuesto y radical a las tomadas por el *Urvater*, poco a poco las reduce a vías ya preformadas, como sucede en las de obras públicas y en el sistema corporativo de trabajo y en la adopción política de técnicos jóvenes...

En toda situación totémica el espíritu del muerto vigila y obsede. Para aplacarlo y desviar su venganza, se le ofrecen sacrificios, concesiones.

Por boca del periódico *ex officio* —*La Nación*—habla "el muerto jerezano" todas las noches en Madrid.

Es público y notorio que esa voz, en apariencia odiada y desdenada, se sigue atentamente por muchos de los fratrias, como quienes acechan un peligro.

SEXUALIDAD Y AUTORITARISMO

No son, pues, los errores de la dinastía borbónica, ni la cultura minoritaria en progresión, las causas fundamentales de la República española. No ha sido esta República un "asunto de cultura y sensibilidad". Sino un caso genuino de "sexualidad y autoritarismo". "La virilidad bien caracterizada", sustituida por la venganza colectiva de los machos jóvenes y rebeldes, sedientos del reparto de ese privilegio exclusivo. Y en seguida, un sentido *matriarcal*, *femenino*, para evitar la autogamia. ¿Podrá España soportar mucho tiempo esta protección *matriarcal* en las alturas? ¿Podrá soportar la tradicional España de Don Juan la victoria del sexo contrario?

Esta es la cuestión. Este es interrogante que sólo Marañón podría respondernos.

Las revoluciones políticas no son fenómenos de cultura. El mito de la cultura es un fantasma nórdico y decimonónico que ya va tramontando.

Son fenómenos entrañables, de sexo y de poder.

Los republicanos verdaderos sienten el horror del caudillo, del patriarca, de la monocracia, del unitarismo. (Un Araquistain, un Prieto.)

Y, al revés, los que son criptomonócratas en el fondo, hablarán de *unidad*, de *nación*, de *estructura*, de *imperio*, de *orden* y *libertad*, de mil modalidades capciosas donde esconder su desapego inaguantable por la *fellowship*, por la *republique des Camarades* por las *fratrias*. (Un Unamuno, un Ortega.)

EL ROBINSON SIGUE SIN
CONTESTAR LAS TRES
PREGUNTAS

El Robinson ha visto este movimiento de las fratrias en España tarde, pero clara y distintamente.

Antes de la República tenía la con-



La loba matriarcal de Roma evitando el fratricidio de Rómulo y Remo.

vicción que le ofreció Frazer, el gran etnólogo, en su *Golden Bough*. O sea la de los "reyes naturales" destronados por otros "reyes naturales", base de toda política antidinástica y anticon-suetudinaria.

En este espíritu escribió y sintió su "Hércules jugando a los dados". Creía que cuando el titán del lago de Nemi desfalleciese, un nuevo titán iba a ase-

sinarle y usurparle el cetro.

Pero ignoraba—y éste fué su error—que el nuevo titán había de resultar colectivo y no singular, que iba a ser conglomerado de *fratrias* y no un nuevo *rex*.

De ahora en adelante—el Robinson—no dejará su ojo alerta sobre el movimiento de estas fratrias victoriosas. No dejará de vigilar esas tres mágicas preguntas: 1.ª ¿Se despedazarán las *fratrias* actuales, como es tradición española en situaciones parecidas anteriores (tribus ibéricas, *cabilismo*, reinos de *tai-fas*, *comuneros*, *cantonalismo*, *república del 73*)? 2.ª Emergerá otra vez el *postulado* tradicional del "aquí hace falta un hombre"? y 3.ª Se llegará a un equilibrio de poderes?

Estas tres básicas preguntas son las que encuadran el porvenir de España.

Cada cual escoja y decida. En la decisión puede ir desde la satisfacción más íntima hasta la cabeza.

Al Robinson, por ahora, le place seguir *sin definirse*. Ofreciendo sus análisis—más que reales—a monarquías y repúblicas. Con su estatuto personal, místico e intransferible. Pues para eso es

EL ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA

LA ESCUELA UNICA

Nuestro ministerio de Instrucción pública habla mucho de establecer la Escuela única en España.

El Robinson ha ido preguntando a muchas gentes en España y fuera de España lo que sea la Escuela laica.

Nadie acertaba a explicárselo. Se le contestaba con vaguedades, con teorías. Nadie conocía de cerca esa especie pedagógica, como si fuese una especie de bestia feroz y misteriosa escondida en leyendas.

El Robinson se dedicó entonces, por sí solo, a darse soluciones sobre lo que pudiera ser la Escuela única en España.

1.º La Escuela única será una única escuela, donde irán todos los niños por las mañanas. Estará en el Cerro de los Angeles, por ser el centro de España. Cerro central de los niños. Será muy grande esa escuela, pues, como única, deberá suprimir todas las otras escuelas y albergar toda la población infantil española. El Estado ahorrará mucho dinero de edificios escolares. Derribará todas las escuelas para dejar única la Escuela única.

2.º Si no es única la escuela por el edificio, será por la enseñanza. Todos los niños aprenderán cosas únicas. ¿Quizá piensan en el texto único, en el dogma único, en la lengua única?

Pero no. La República es antidogmática. Cada cual es libre de aprender lo que guste. La República no se mete en religión. Cada cual puede rezar al dios que le plazca. La República permite todas las lenguas y dialectos. Cada niño puede hablar en el lenguaje que mejor le parezca a su veneranda madre local.

3.º Si no es única la escuela ni por el continente ni por el contenido, es decir, ni por un único edificio, ni por una única enseñanza, quizá lo sea por el dinero que paguen los niños para asistir a escuelas diferentes con enseñanzas plurales. Pero no... Todos los niños de España no pueden pagar el mismo dinero. Los hay que no pueden pagar ninguno. Y los hay—mientras no se haga la revolución social—que dejarán de ir si la escuela es gratuita.

4.º Por tanto: si no es por la enseñanza, ni por el edificio, ni por la economía, ¿en qué será única la Escuela única? ¿Quizá en el nombre! El Robinson sigue dando vueltas todavía al nombre de la Escuela única como uno de sus pasatiempos más divertidos y más trascendentales.

DIPLOMAS

LERROUX EN GINEBRA

Lerroux, nos dice nuestra Prensa, ha tenido un gran éxito en Ginebra. Lo merece Lerroux. Porque Lerroux cree en Ginebra, y le habrá satisfecho íntimamente. Fue elegido presidente antes que Títulosco. Lo cual, según dicen, nos ha honrado mucho.

Sin embargo, yo me acuerdo de un caso parecido en la verdadera sede de Ginebra, o sea en París.

Era un concurso de la S. de N. sobre cine. Uno de esos camuflajes que tan bien hace París con esencia de Ginebra. Se trataba de premiar la mejor película del mundo sobre la paz.

Como presidente del Jurado debió elegirse a un francés, un yanqui, un italiano, un ruso, es decir, a un país que tuviese tradición cinematográfica auténtica. Pues no señor. Se eligió... ¡al ministro de San Salvador!, que no entendía—como era natural—de cinematografía.

Porque España haya renunciado teóricamente a la guerra, no es bastante para darle la presidencia de la paz. No hay que fiarse de la S. de N. Es muy pilla. ¿Presidencia? ¡Rumania, España! Protecciones para que no se muerdan las auténticas naciones, los *foxterriers* auténticos, de la llamada Sociedad. Protectores protegidos.

LA "AZANA" DE CHERIF

Alguien que no es Angel Vegue, ha llamado donosamente al ataque de Cipriano Rivas Cherif contra el subsecretario de Estado señor Agramonte, la "azana" de Cherif. Es decir, su intento de partirle en dos, como al Ejército Azaña.

Por táctica republicana creo que ha hecho mal Cipriano en sembrar más escándalo entre elementos del Gobierno. Históricamente, creo que ha sido un error su ataque. El as de los diplomáticos, Talleyrand, resistió cinco situaciones. (Talleyrand, creador del lema diplomático: "No soy yo el que cambia, sino las situaciones".)

Parece ser que en la diplomacia el mayor mérito es saber flotar con la sonrisa en los labios. El beso del diplomático—al sable y la bandera—, más que un juramento de amor, debe ser siempre una promesa de intriga amorosa. Si a un diplomático se le suprime la intriga, es como si a un militar se le suprime el charrasco. Ahora: como Azaña se lo ha suprimido a nuestros militares, su cuñado Cherif, quiere—por lo visto—suprimírselo también a nuestros diplomáticos.

Hay que ser un poco más humano y generoso en la República. ¡Si se fuera a recordar a todos los que tuvieron puestos (algunos de R. O.) bajo la dictadura!

Antimaquinismo, regresión

Me cuentan algunos agricultores que este año han desaparecido de los campos españoles los pocos sistemas mecánicos de cultivo que lentamente se habían conquistado frente a la rutina tradicional del campesino ibérico. Este antimaquinismo ha sido dictado por el Gobierno para solucionar el paro obreiro, y dar *manos* en vez de máquinas. ¡Lo mismo que en Rusia! Donde films como el soberbio de *La línea general* no tiene otro objeto que salvar al obreiro de la esclavitud corporal, popularizando la máquina! ¡Y dicen que el vanguardismo informa nuestra República!

LA ESFINGE DESVELADA

La República Española como asunto catalán

A don Ramón Menéndez Pidal.

I

MACIA, EN MI ESTACION MERIDIANA

Cuando llegó a Madrid Francesc Maciá, yo fui uno de los escasos madrileños que bajaron a la estación del Mediodía voluntariamente, sin obligación alguna, sin saludarle, sin aplaudirle, sin censurarle, sin intención política. Pero no por simple curiosidad. Sino por algo más profundo. Me había quedado la querencia desde 1926—sin duda, ya para siempre—de ocuparme directamente de las cosas catalanas.

Recuerdo—1926—mi volición decidida, que fué—como todas las mías—anterior a mi preconición. Empecé a afrontar las cosas catalanas, como luego debía afrontar las americanas, las portuguesas, las sefardíes—las familias castizas de España—. Sin conocerlas previamente. Sin amarlas previamente. Por un imperativo puro y categórico que me ascendía—como militarmente—de mis entrañas. Era por noviembre de 1926. Yo había planeado LA GACETA LITERARIA escrita en todos los lenguajes peninsulares que quisieran a ella acogerse. Pero—en especial—en catalán. Precedí—en cinco años—a los Estatutos de la República.

Recuerdo que una tarde me encaucé hacia la "Revista de Occidente" para solicitar de Ortega ese tipo suyo de audiencias que concedía desde cuando se sentaba en los divanes de la Granja El Henar. O sea levantarse del sofá donde estaba sentado en grupo y sentarse en otro sofá, a solas con el audipiente. Esas "escenas del sofá" han tenido siempre un inquieto encanto particular en Ortega, que se diría arrastra tras sí cierta herencia socrática indecible cerca de la juventud, a la que ya aludió su dilecto secuaz y discípulo Vela comentando unos discursos del maestro en el teatro Infanta Beatriz, de Madrid. Y recuerdo que le dije a Ortega, entre otras cosas de mis planes, esta fundamental:

—Deseo que la lengua catalana sea admitida en Madrid, en nuestra revista, en nuestro grupo, sin reserva alguna, de par en par. No por liberalidad ni por astucia. Sino por hacer la experiencia. Por someternos todos a esa experiencia.

A Ortega le pareció mal. Poseía entonces Ortega unas ideas sobre el problema catalán que quizá haya modificado y quizá no.

Eran unas ideas que indignaban al filósofo Xirau, que fué quien me las relató en una estancia de Barcelona. Según Ortega, el problema catalán habría un día que terminarlo a tiros, cauterizándolo.

Yo por entonces—ni por ahora—creía en tal cauterización como solutiva del problema. Me dispuse a la experiencia y arriesgué con ella. La experiencia—tras desarrollarse magnamente en exposiciones y viajes intelectuales de ambas partes—ha culminado en la República: en Maciá.

A mí—de la experiencia—no me ha quedado otra huella que un ya incurable afán por las cosas catalanas. Afán que se ha traducido a veces en amistades sinceras e inolvidables con catalanes de pro y con catalanes humildes. A veces, en una pura complacencia hacia la tierra, las ciudades, los hombres, las fiestas, de aquel país de Cataluña. A veces, hasta en hábitos peculiares míos sin sentido vigente. Como esa ed subir en Ma-

drid a la estación del Mediodía a esperar trenes de Barcelona y ver salir pasajeros desconocidos a quienes no tenía por qué esperar.

Tal costumbre se explica por dos razones: una de ellas, que mi afincamiento habitual, mi vida inquilina en Madrid, circula fuera de la urbe—en el extraurbio, en el sotourbio—. Mi casa—que es la de ustedes, amigos—está situada en una latitud esencialmente metropolitana, política, peninsular, entrañable: entre estaciones de Mediodía y Delicias, entre Barcelona y Lisboa, al pie paleolítico del Manzanares, frente a la esfinge ibérica del cerro de los Angeles, a la vera del "cementerio del 98", el de San Nicolás, donde dormía Larra y donde la generación de "Azorín" y Baroja depositó sus flores. De ahí que yo tenga que subir a la estación de Barcelona y atravesarla por determinismo inquilino. La otra razón que me hace ascender a la meridiana estación con frecuencia es la nostalgia grata de cuando en los años 1927 y 1928 debía acudir a los expresos borceloninos a recoger intelectuales, acompañarlos y agasajarlos, en vago papel de *introducción* de embajadores catalanes en Madrid (¡Fabra, Estelrich, Valls, Soldevila, Riba, Nicoláu, Sbert, Ferrá, Apal...).

La llegada de Maciá a mi estación meridiana tenía, pues, una peculiar e íntima significación para mí. Una emoción que sólo conocía yo.

MADRID Y MACIA

En la estación había poca gente. En los alrededores, ninguna. Madrid no se dio por aludido de la llegada del caudillo catalán. Era un sábado festivo y soleado.

Fueron llegando al andén paisanos de don Francesc (los de la caravana automovilista, su coro, su guardia, su comitiva). Fueron llegando catalanes madrileñizados del Casal Catalá. Fueron llegando gentes oficiales del Gobierno. Pero pueblo, masa, fervor: ninguno. Sólo yo, "Robinson", descompromisado solitario en aquel mar de compromisos, asistía con la sangre en alterada ebullición.

Cuando al día siguiente leí en los periódicos el "indescribible entusiasmo" del noble pueblo de Madrid por el presidente de la Generalitat me quedé estupefacto de la oficiosidad servil de la Prensa, acentuada bajo la República con más fuerza que bajo la otra Dictadura, donde al menos se leía en los sueltos oficiales un paréntesis en cursiva dignificador: (*De inserción obligatoria*).

Madrid no se dio por aludido con la llegada del Avi. Como no se dio por aludido cuando llegó Primo desde Barcelona. Ni cuando se marchó. Ni cuando el rey tomó el volante. Esta insensibilidad de Madrid me preocupó siempre mucho. Y según el humor de uno se la explica uno. A ratos se creía que es un exceso de refinamiento, de cansancio, de aristocracia nacional, de no alterar el rostro por sucesos provincianos, porque llegue el tío Paco del pueblo con rosquillas y chorreras en las alforjas. Pero a ratos se diría que es un envilecimiento vital, una astenia morbosa, una incapacidad de jefatura nacional (este segundo parecer es el que predomina en las provincias frente a Madrid).

El caso es que Alcalá Zamora tuvo que encargarse del huésped casi personalmente. Como hace cuatro años me encargaba yo casi personalmente de sus predecesores catalanes. Le llevó a meditar, le paseó, le entró en el salón de

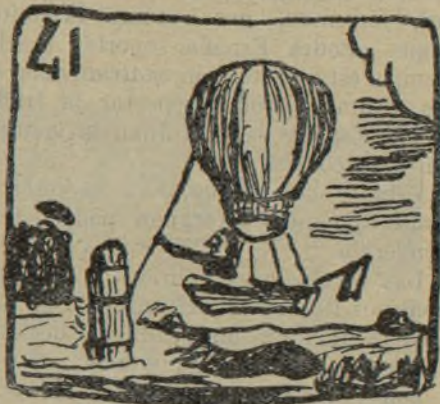
rendar, le paseó, le entró en el salón de la Casa (las Cortes), y le hizo el giro ritual del turismo madrileño. (Toledo, Escorial, Aranjuez, Avila...) Como a cualquier amigo de su familia que volviese de las Américas... Como a cualquier indiano.

PRESIGO A MACIA PERSIGUIENDO A BARCELONA

Tal vez ese elegante desdén o esa invencible frialdad de Madrid impresionaron al Avi. Quizá se esperaba una reconfortante hostilidad de la capital española. Un gesto apasionado. Pero—como a tantos otros periféricos—este paradoxal "pathos" madrileño le sedujo, le retuvo. Y de un par de días que pensaba remanar permaneció nueve.

Cuando Maciá abandonó Madrid—un domingo desapacible y ventoso de agosto—, lo abandoné yo también, en vía paralela, camino de nuestra Barcelona.

Maciá prefirió el lento tren para "admirar a Castilla a la luz del sol". Yo preferí preseguirle por el aire para evitar el tormento de los desiertos aragoneses, de esa frontera ebronita, donde, según los catalanes, se ejerce la tiranía española y donde, según los arrieros de



la región, no tiranizan ni las moscas, pues no pueden vivir de soledad y de abandono.

El viaje Madrid-Barcelona por el aire suprime confrontaciones sutiles. Los campanarios—y su política—quedan a igual e ínfimo rasero. Se obtiene la síntesis, no de lo que es Madrid ni Barcelona, Castilla ni Cataluña, sino de lo que es toda España: montanaridad, abruptez, absentismo humano, política irreal de Ateneo. O sea, predominio de la geografía cósmica sobre la geografía antrópica. Prevalencia de lo aborigen sobre la cultura. Del monstruo sobre el héroe.

Llegué a Barcelona a mediodía, tras una violenta y hábil crucería de vientos, piélagos de nubes, gotas de lluvia, ascensiones a 3.000 metros, apariciones estratosféricas del sol, sorteos de bandenes aéreos, cabeceos y aleteos del aerobuque, estremecido como un cuerpo de paloma en fuga de halcones disparados a su caza.

A Barcelona no la había vuelto a ver desde el mayo, después del advenimiento del Avi. Como entonces—ahora—, quise desde el primer momento avizorar cambios, distinciones, matices, que me aseguraran un cambio de lo catalán. Pero ahora—como entonces—me fué difícilísimo percibir transformaciones. La carretera del aeropuerto a la ciudad seguía tan mala, descuidada y polvorienta como siempre. El labrantín arrabalerero, tan indiferente y eterno como siempre. En cambio, Barcelona me pareció más aburrida y desolada que nunca. Bien es verdad que era domingo y que el catalán gusta abandonar la villa por la playa, por la colina, por la montaña.

Sólo después de la cena comenzó la ciudad a animarse. Haces de juveniles encamisadas, sin chaqueta, cruzaban sobre camiones las ramblas cantando y enarbolando banderas, carteles emblemáticos, preparando el recibimiento del Avi a la medianoche.

Los cafés se iban llenando. Y grupos de burgueses, y de este pueblo aburguesado que es el catalán "popular", se dirigían lentamente a la plaza de San Jaume para tomar posiciones. (¿Dónde había yo contemplado ya una semejante estrategia, civil y entusiasta?)

PLAZA DE SAN JAUME, A MEDIANOCHE

Me acompañaban, plaza de San Jaume, el triángulo amistoso de Gasch, Montanyá y Díaz-Plaia, siempre fieles maradas del "Robinson Literario".

Primero recorrimos un poco el escenario, presenciando los últimos preparativos de la gran función.

La masa popular dejaba aún claridad en la plaza anchurosa. Se oían cantos murmullos, fragor de coches.

A medianoche ya la cosa comenzó a ponerse en tensión. Un altavoz triplicado cardinally anunció la cercanía de los peregrinos, el regreso patrio de los estatuteros, del Avi. "¡Ya está la estación!" "¡Ya avanza, entre otras cosas!"

Tomamos una rápida posición angular en la plaza para dominar toda escena y no ser violentamente aplastados. La plaza comenzaba a hervir. Iba surgiendo banderas, haces con insignias con vagos uniformes imprecisos.

En un automóvil logró abrirse paso un consejero, alguacilillo de la Buena Llegada: el Sr. Carrasco, ese violento mestizo castellanocatalán.

El Sr. Carrasco, desde la Generalidad, dirigió un discurso encendido como masajista que entrenase a la muchedumbre poniéndole en forma músculos políticos y pasionales.

La plaza—a medianoche y cuarto—era ya un ser vital autónomo. Una multitud multicéfala. Agitada como un nómeno marino, en oleadas y espumas, en hervores y estruendos. Espumas de pañuelos. Oleajes de banderas. (¡Eran banderas catalanas *gualda* y *roja* donde se han refugiado los colores nacionales de la tradición nacional, de tradición española!) De pronto, el cuadrángulo placial se estremeció en el mor unánime, como un *alalá*, como *evolve* antiguo.

El Avi avanzaba en coche abierto—lentamente—por entre la piñata humana, que le acariciaba sin romper como un gigante acariciaría una avefalle, brutal y tiernamente. Se oía un eco grito en eco inabarcable: ¡Avi! ¡Avi! El Avi saludaba y sonreía, tal que Mussolini vestido de Gandhi. (¡Duce, Duce, Mahatma, Mahatma!)

Los consejeros que le acompañaban abrían paso como escuderos o como discípulos, orgullosos de servir de tajarres. Mientras el Avi ascendía al balcón de la Generalidad, la plaza se cargaba de atención voluptuosa, se embarrachaba de personalidad colectiva. Un ángulo surgió el canto grave y latino de *Els Segadors*. Fué la señal del lirio. El Avi aprovechó ese volcán para llevarlo al espasmo con su aparición simbólica sobre el cenit de su presidencia.

Yo me sentía transido. Sosteniendo a duras penas mi impasibilidad en aquel ataque alcohólico de masas en fermentación.

¿Dónde había yo contemplado esa estrategia civil y entusiasta? ¿Dónde?

¡Ah! Sí... Ya lo veía. Ya lo recordaba. Era la Venecia del Cuatrocientos en su Piazzeta di San Marco, cuando al balcón de los Dogos salía el Duque el Dux de la República, a relatar—frente a su plebe—la vuelta de una aventura adriática o continental. En la Piazza del Duomo milanese, cuando Benito Mussolini, acompañado de "sindicalistas nacionales", aparecía en un tablado a enardecer la cohesión de todo un pueblo en marcha. Era—plaza de San Jaume a medianoche y mediodía—

7 grun
aburg
", se
de S
municipales de señorías. Pequeños co-
mercios vernáculos cerrados, con sus ró-
calos cotidianos, de burguesa ternura
calcetines, farmacopeas, pasta de sopa)
en ese barrio de la antigua judería
arcelonesa que rodea la Gran Canci-
erla local—. El ojo de oro del reloj,
on sus campanas vetustas y provin-
ales, interrumpiendo los discursos más
gudos—inexorablemente—. Una masa



alulante a los pies de un amo, de un
señor, de un conductor, de un duque,
de un avi—que representaba el capo,
la cabeza, el capitoste de ese cuerpo
norme y frenético. Y este capitoste,
on sus gestos paternos, uniendo en
az familiar toda la dispersión públi-
ca. Justificando lo que el pueblo le gri-
aba en aléyus: *Per la seva vida no-
ble—ha quedat pare del poble.*

FEIXISME

Me lo confesaban también mis ami-
gos, enardecidos republicanos catalanes.
*Este es nuestro fascismo!... Con la
condición de que nadie se entere que es
fascismo... ¡Este nuestro caudillo, nues-
tro Duce!... Con la condición de que
nadie le compare con un Duce.*

Parece ser que Cataluña comienza a
fortificar sus organizaciones propias y
nacionales, tras el triunfo del Avi, de
modo sorprendente. El grupo de *Nos-
altres* podría compararse al inicial del fas-
cismo italiano, que respondía al grito
de *A noi!* La institución de los *pales-
tras* parece ser que es una especie de
balillas catalanes—a base de esta po-
larización pedagógica: *doctrina nacional*
y *ejercicios bélicos, gimnásticos*—. Todo
separatista se ejercita desde años en el
hro nacional. La moral más pura, la
que más se tiene en cuenta, es aquella
del muchacho que cree—fanáticamente—
no haber más allá del Ebro otra
cosa que seres y tierras despreciables,
indignas, serviles, a las que habrá un
día que *liberar* (es decir, conquistar).

En efecto: la mayoría de los carteles
que llenaban media noche la plaza de
San Juan se reducían a esta simple dog-
mática, a este postulado tajante y ex-
traño: *¡Liberación de los otros pueblos
ibéricos! (¿Qué liberación es ésa?)*

II

IBERIA VENCE A ESPAÑA

Desde hace ya cerca de un cuarto de
siglo, el catalán viene huyendo, como
palabra *tabú*, como palabra maleficio-
sa, del nombre de España.

Ha sido el catalán quien ha inventa-
do, revivido, el oscuro, vago y caverna-
rio nombre de *Iberia*. El que ha sedu-
cido—con él—al resto de España, mos-
trándola con un ojo a Portugal y a la
América portuguesa. Pero cerrando el
otro para ocultar el verdadero sentido
que para Cataluña tenía ese término
paleolítico de lo *ibérico*.

El separatista catalán, al inventar lo
ibérico, alucinaba malignamente a la
vieja metrópoli española con un inefa-

ble Imperio confederativo del día de
mañana. Haciendo creer todavía a la
pobre España en un nuevo futuro im-
perial y ecuménico. Pero, en rigor, sa-
biendo que la palabra *Iberia* borraba la
pentasecular de España; que la pala-
bra *Iberia* desagregaba el sistema con-
cluso en el término *España*; que la pa-
labra *Iberia* descajaba radicalmente
Cataluña, a semejanza de un Portugal
del Este peninsular. La palabra *Iberia*
es el cuchillo con el que han luchado
varios años, cuerpo a cuerpo, Castilla
y Cataluña, hasta que Cataluña, más
fuerte, logró hundirle en el costado a
Castilla, la fatigada.

El catalán creía que diciendo esa pa-
labra mágica de *Iberia* convenía a los
dos términos de su problema: Castilla
y Portugal, arguyendo que *Castilla
federada* dejaría de ser Castilla; esto
es, un peligro lusitano.

Yo veía en los ojos de Cambó, en los
labios de Sbert, en todos los ilustres ca-
talanes que uno trataba antes del gol-
pe de Maciá, esa falacia sutil y terri-
ble. Quise llegarla hasta el fondo, y los
acompañé, los acompañé hasta la últi-
ma hora, con la cautela del que se aso-
maba a un abismo, en aquello de “la
España grande”, o en aquello de “la fe-
deración ibérica”. La llegada de Maciá
—subitánea, irruptora y magnífica—me
hizo abandonar mis posiciones de vige-
lancia. No había ya nada que vigilar.
Todo estaba claro, nítido, sincero. Nun-
ca agradecerá España bastante a Ma-
ciá su corte dado al nudo gordiano que
encerraba “la promesa ibérica de Ca-
taluña”.

Desde entonces—por eso y por otras
cosas—arranca mi admiración generosa
y liberada por D. Francisco Maciá,
el Avi.

CATALUÑA SINCERA, VALIENTE, INTERVENTORA

Por vez primera en la historia de Ca-
taluña, Cataluña comienza a aparecer
sincera, valiente e interventora. A reco-
ger papeles primates que se le habían
ido mojando a Castilla. Maciá es lla-
mado *Don Quijote*; esto es, el valor su-
premo de los valores castellanos. Y Ca-
taluña—la masa popular, como otrora
la castellana—dispone su voluntad para
intervenir en los destinos de los otros
pueblos ibéricos: para “liberarlos”, con
un sentido *monárquico*, con un *Cid* a la
cabeza, un señor, un caudillo, un *capitoste*.
(¡Oh, visión reveladora de la pla-
za de San Jaume a medianoche de
agosto!)

Desde Menéndez y Pelayo se presen-
tía algo parecido. Ya Menéndez y Pelayo—
el imperialista último de España—
había presentado una marcha triunfal
de Cataluña sobre el resto de España,
de una Cataluña “cabeza y corazón de
otra España futura”.

Con ese mismo instinto imperial de
Menéndez y Pelayo recuerdo que yo
avancé a Cataluña, con fe en ella. Lle-
gando hasta proyectarla un plan impe-
rial de reconquista de su área histórica
pasada. Aun suenan en mis oídos, en
mis entrañas, los aplausos de este pue-
blo que aplaude a Maciá una noche, en
torno a mi voluntad personal.

Aun me es grato saber que se me
llama en Barcelona “un amic de Cata-
lunya”. Aun quedan escritas mis pala-
bras al volver a Madrid y denunciar a
la hermandad castellana, fría, escéptica
y desmandada, que en “Cataluña había
unas minorías en función de unas ma-
sas”; que había “un pueblo en marcha”.

Cuando el viaje de los intelectuales
castellanos a Barcelona, éstos pudieron
comprobar como “personalidad colecti-
va”, por vez primera, la verdad de ta-
les denuncias. Con aquel viaje—inspi-
rado por un Francese y rematado por
otro Francese—Cataluña daba cima al
“principio del fin”. A los orígenes de-
cisivos de la República española. A mi-

denar seriamente la primera contextura
unitaria de “España”: la del intelecto.
A poner en práctica su exacta táctica
para la conquista del Estado ibérico,
para la destrucción de la España secu-
lar. Para “su asunto”.

TACTICA DEL GOLPE CATALAN

Lo único que me impresionó hasta el
paroxismo, entre los hechos que prece-
dieron al advenimiento de la República
española, fueron los vivos a Maciá da-
dos en Madrid en el mitin aquel de la
plaza de toros, donde socialistas y ra-
dicales vitorearon al desterrado cata-
lán, como adivinando, intuitiva y cer-
teramente, la clave exacta de la Repú-
blica por venir.

Fueron aquellos vivos algo más im-
portante que el pacto de San Sebastián,
pues era el plebiscito al pacto; era el
asentimiento de Castilla al triunfo de
la táctica catalana. Era el suicidio de
Castilla, como fundadora de Estados.
¿En qué consistía esta táctica catala-
na? En cinco *antis* fundamentales:
1.º *Antimonarquía* (desmembración de
la unidad sostenida por una *arquía* secu-
lar). 2.º *Anticlericalismo* (fractura de la
red espiritual tendida sobre las concien-
cias hispanas unidas). 3.º *Antimilitarismo*
(disolución del Ejército para “quitar
poderes al toro”: esencial puyazo). 4.º
Antilatifundismo (pulverización de la
aristocracia latifundista castellano-
andaluza, que sostenía desde la unidad
española del cuatrocientos la cohesión
territorial y propietaria del suelo). Y
5.º *Antidiomatismo* (expulsión de la len-
gua española, derrota del “maestro na-
cional”, germen de la cultura unitaria
dentro del niño). Era natural que un
Cambó tuviera que fracasar. Era el
minimalista. Era el concesionista. Era
el hombre de la “concordia”. Era el
hombre que pactaba con el enemigo. Era
un vencido de antemano.

Pactar sólo se podía pactar con los
desjarretados de antemano. Sólo se po-
día llegar a un pacto como el de San
Sebastián, o sea: *antimonárquico, anti-
clerical, antimilitarista, antiaristócrata
y antidiomático* (o sea: *republicanorra-
dicalsocialista*).

El pacto de San Sebastián—aunque
no existiese por escrito—constará siem-
pre en la Historia como el “testamen-
to de España”. Como el triunfo de la
táctica catalana, en alto el martillo
para el golpe final del 14 de abril.



No fué arbitrario que la República
española se proclamase *primordialmen-
te* en Cataluña.

La República española era un “asun-
to catalán”.

CATALUÑA EN OFENSIVA

Que era un “asunto catalán” lo reve-
lan más que nadie esas sorpresas, de-
cepciones, marchas atrás y zigzagueos,
las “largas” al Estatuto con que el Go-
bierno provisional y las Cortes preten-
den desviar, a posteriori, la voluntad
catalana. Es tarde. Si Maciá no realiza
el Estatuto de Cataluña, lo realizará un
super-Maciá.

Cataluña tiene una misión y un pro-

grama, o se cree que los tiene, lo cual
es mejor aún que tenerlos de verdad.
Cataluña tiene una pauta, una política,
un ideal, una ofensiva. Un activo.

Mientras el resto de España no tien
nada, sino gestos de defensa, confusio-
nismo, desfallecimiento, derrotismo. Un
pasivo. El resto de España, por decirlo
brutalmente, está con las piernas abier-
tas. Violada. Feminizada. Cataluña
avanza. España araña y grita. No le
queda como salvación más que, o el cri-
men o el suicidio.

De ahí que yo, castellano y español
hasta las entrañas, me sienta mejor al
lado de Maciá. Como me hubiera sen-
tido al lado de Bolívar. Y al lado de
los independientes cubanos. Nada hay
más repugnante que sentirse carne de
vencido. Vale más trasustanciarse y aso-
ciar la virilidad triunfante. Al entusias-
ta, al héroe, al que quiere algo, al que
no se hunde en nirvanas como en lodos.

Cataluña es hoy el único foco de Es-
paña donde arde una llama interventor-
a y generosa. *Supercatalana*. El *asunto*
catalán puede rápidamente evolucionar
a un “asunto ibérico de veras, ecuméni-
co y vasto”. En esa evolución estará la
salvación—más que de España—de Ca-
taluña misma. Si Cataluña no sigue in-
terviniendo en España, será España la
que—resucitada—intervendrá en ella.

Esto se lee en las conciencias, en los
rostros, en los gritos, en los periódicos
y en las revistas de esa ciudad mediter-
ránea de España, Covadonga de una
posible España grande, si acierta a su-
perar ciertas mediocridades en ella tra-
dicionales y terribles.

POLEMICA REVELADORA

No tiene nada de particular que cual-
quier catalán de hoy día—un mismo
desconocido—os precise con toda clari-
dad el ideal de todo un pueblo. En una
línea general. Es una “orden del día”
que todos saben de memoria.

No me extraña, pues, que el Sr. Ro-
sell y Vilar—a quien no conozco—me
haya ofrecido en el número último de
la *Revista de Catalunya* toda una po-
lémica de veinte planas—bajo el título
de “Un amic de Catalunya” (Giménez
Caballero)—para aclararme las últimas
dudas que tuviere yo aún.

El tono franco, sincero y agresivo de
mi polemista me entusiasmó desde las
primeras líneas. Rosell y Vilar contes-
taba a mi ensayo publicado en catalán
sobre esa misma revista, titulado “La
concordia en la aventura”. Vale la pena
de traspasar a oídos madrileños las pre-
cisiones agresivas de este catalán re-
presentativo del momento.

Todos los castellanos iguales.—Para
ese catalán, todos los castellanos so-
mos iguales. Alguien le dice que yo
soy un *amic de Catalunya*. Pero se son-
ríe: “Entre Giménez Caballero, Una-
muno, José Ortega y Gasset i tots els
Roses Vilanovas no hi ha cap diferen-
cia essencial.” *Punto de partida: la dis-
cordia*. Es un error de principio creer
que para entendernos hay que basarse
en la concordia. El punto de partida
es la *discordia* entre “la raça catalana”
y “la raça espanyola”.

Los poderes del cardenal.—Los úni-
cos poderes de España fueron siempre
los de Cisneros. Sus cañones. No hay
que pensar en otros. No hay que com-
batir otros, los catalanes. “Lluitar, sí;
rebre, no.”

Las dos mentalidades.—Catalanes y
españoles son dos polos opuestos. El
catalán es liberal. Su mentalidad es
“respetar y ser respetado”. En rueda-
mundo, comerciante, intercambista,
hombre abierto. Pero con un sentido
nostálgico del campanario. Su saudade
se llama *cofoismo*. El español es anti-
liberal siempre. Su mentalidad es “do-

minar o ser dominado". Es emigrante, soldado. Cree en la moneda, y no en la economía. En la fuerza, y no en el derecho. En la conquista, en el dogma, en la contrición.

Estas dos mentalidades antitéticas son los fundamentos de "la discordia"—punto de partida.

El catalán no es imperial.—El catalán es liberal. Su aventura en Oriente fué un accidente sin gran sentido nacional. Fué un licenciamiento de soldadesca. Cataluña no se avendría a conquistas balcánicas para hacer de gozque de España. Para que luego se aprovechara España, como en el siglo xv. El español, para el catalán, es peor que el demonio. "El dimoni amb tot i esper el dimoni, sempre que ha cobejat una ànima, ha ofert per la donació una compensació material. Però els espanyols volen més que el dimoni; volen l'ànima y el cos, l'esperit i la riquesa."

Táctica y orientación catalana.—Cataluña, durante la monarquía, se refugió en el espíritu de Ginebra. Por lo menos allí se podía tratar lo que no en Madrid. Con la República heredaron las Cortes ese espíritu, y el "asunto catalán" se trata en Madrid. Pero ni Ginebra ni Madrid moverán un paso serio y decisivo por el gran asunto. La orientación suprema no está en Ginebra ni en Madrid, sino en Moscú.

Moscú, base de la ofensiva catalana.—Las Constituyentes no votarán el Estatuto. Cataluña no tiene más que dos soluciones: o bajar la cabeza o tomar la ofensiva. "Yo sento que Catalunya va a prendre l'ofensiva" bajo la égida del espíritu de Moscú.

La guerra liberadora.—"Será Catalunya que anirá amb les armes a la mà, a deslliurar el pagès andalus, extremeñy y castellá... de la tiranía dels hidalgos... de la generosidad espanyola."

Esa será la tarea "alliberadora" de Catalunya sobre los otros pueblos ibéricos. Así dejará España de ser imperialista.

Europa no se mezclará.—Europa no se mezclará. No le conviene. Recuerda aún esta Europa burguesa a Napoleón, vencido en Rusia y en España.

Catalunya está per la llibertat.—"Costi el que costi. I, així, no demà, ara. En el mon s'hi entra només per una porta: la voluntat d'ésser."

Tal es la sustancia de la polémica de Rosell i Vilar contra mí, amic de Catalunya.

¿ESTA CLARO EL "ASUNTO"?

¿Está claro "el asunto" de lo que pretende Cataluña? ¿Es sincera o no Cataluña? ¿Tenía razón el periódico *Política*, de Córdoba, cuando denunciaba que Franco y los sindicalistas de Maciá fueron a Andalucía a liberar el payés andaluz?

Cataluña ha encontrado su voluntad, su ser, su imperialismo ibérico, en la guerra de libertad de España. Siglos de rencor y de esclavitud le dan alas contra "la España generosa", la España que la sometió.

La táctica catalana se va cumpliendo. Primero, el pacto de familia de San Sebastián. (El pacto de familia hispánica, más trágico que aquel de los Borbones.) Después, la República. Después, el Estatuto. Después, la guerra expansiva, interventora, liberadora.

Yo le auguro de todo corazón a esta Cataluña—sovietscista—que ningún otro nacionalismo hispánico se le oponga al paso. Que Castilla siga durmiendo su sueño radicosocial. Que España—Madrid—siga en el nirvana de sus

El Robinson Literario de España

APARECERA MENSUALMENTE

(Si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

"jurídicas Cortes", siga en el "pacto".

Le auguro de todo corazón que el papel ecuménico de la Castilla de otra sepa asumirlo generosamente ella.

Por última vez, quizá, Castilla, por boca mía, se decida a intervenir aún en "ese asunto".

Castilla no puede ser republicana. Las veces que lo fué (comuneros del xv,

Oda, indecible, a la libertad

Por haber denunciado en España, antes de tiempo (a la manera de los terribles niños), la crisis del liberalismo como doctrina histórica, muchos zurupetos le creyeron al Robinson enemigo de la libertad. (¡Un Robinson, enemigo de la libertad!) Como si la libertad tuviese mucho que ver con el liberalismo! ¡Como si la libertad fuese algo que todo el mundo pudiese, en la vida, pronunciar y resobar!

Por lo pronto, apenas arribada la República a España, la famosa palabra liberal desapareció como por magia. Nadie se preocupó ya de llamarse liberal, como quien se quita una asfixiante careta. Hasta los de la derecha liberal republicana decidieron llamarse "progresistas". Pero, ¿liberales? Ni un diablo. Socialistas. Radicales o Agrarios. Acción, Servicio de la República. Comunistas, etc., etc. Pero ¿liberales? (¡Cómo se reía el buen Robinson!) Recientemente le hacía el buen Robinson observar este fenómeno a don Nicolás María Urgoiti—quien no pudo por menos de reconocerlo.

Liberalismo, libertad... El liberalismo no tuvo que ver nada con la libertad, sino fué en aquellos contactos primigénicos del romanticismo burgués, allá por fines del siglo XVIII principios del XIX, cuando lo liberal tuvo sentido en Francia, en Inglaterra y hasta en Cádiz. Allí cuando Stuart Mill, retirado en su cottage de Avignon, viudo de la señora Taylor, sentaba los principios del liberalismo europeo sobre su propia concepción de la libertad individualista. Pero después... Después ya no fué más que mecanismo, palanqueta, resorte y juego: un instrumental político en manos más o menos limpias.

En cambio, la libertad... En cambio, la libertad... ¡Esencia inmanente! Un mito y un ensueño que nunca transirá, nunca. Esencia—en un doble sentido: en el metafísico y en el sensual—. Como un perfume es la libertad que algunos hombres respiran raras veces en la vida. Y, jamás, la mayoría de los hombres. ¡Libertad, libertad!

Es mentira que alguien sepa definir lo que libertad sea. Ni donde esté, ni donde se encuentre.

Me he leído en estos días el ensayo clásico del citado Stuart Mill sobre La Libertad y me he quedado estupefacto al comprobar que, tras mucho hablar y filosofar, el filósofo de la libertad no acertó sino a clausurar visiones discontinuas y figuras de la divinidad en el sagrario del "individualismo" como el sacerdote que posee a Dios en el hostensorio... mientras él y los fieles creen en el hostensorio.

(Mejor la definió aquel inglés que prometía no hacer la libertad del hombre, sino del hombre inglés.)

¡Libertad! Pero si libertad es el problema insoluble, lo que ni Robinson ni Compañía lograron resolver a lo largo de toda la humanidad. Si no se llama resolver a la fluida, trémula percepción fugaz e insospechable de esa deidad.

La libertad es lo que se llamó en el catolicismo el misterio de la Gracia divina. Es como la inspiración. Como la estrella errabunda.

Yo no quiero decir que el advenimien-

federales del 73), un militar la segó el cuello.

Sea Maciá—u otro "segador"—el que la siegue ahora el cuello cándido de oro de su meseta.

Ya que la República española es un asunto catalán, que Cataluña termine pronto y bien su misión, su cometido, su asunción: su *asumpto*.

to de la República en España no trajera la libertad. Al contrario. Quiero decir lo contrario. Que pasó envuelta en un velamen de oro, primavera. Pero, ¿quiénes sintieron su eficacia? ¿Quiénes? Yo creo que muy pocas almas. Y quien diga lo contrario, o es un diputado que cobra mil pesetas, o un fantástico, o un embustero.

El Robinson afirma haberse encontrado entre esas almas epifánicas. Confiesa haberla "gozado", ¡unas horas, unos días? ¡No sabe, porque la comunión divina suprime espacio y tiempo!

¡Recuerda usted, Ramón Gómez de la Serna, recuerda usted? ¡Usted, que también la sintió? Lo que nos obligó a cogernos al teléfono horas y horas y comunicarnos nuestras visiones alucinadas...

Fines del mes de abril, en España... Los triunfadores, ebrios de triunfo, llenaban el aire de alcohol y pasión tinta. Los vencidos—mudos en el huir—llenaban, ese aire mismo, de inercia y de rencor.

Pero un sistema secular se había roto, y por entre las ruinas de la arquería quedaba visible un cielo limpio. Desocupado en absoluto. (Los unos, lejos ya de él. Los otros, sin haberle llegado todavía.)

Sólo aquellas almas capaces de soledad, en aquellos momentos, pudieron contemplar la transfiguración: aquella sonrisa etérea sobre el cielo inmóvil y vacante.

¡Qué sensación de lirismo indecible!

VALOR SOCIAL DEL SUPERREALISMO

El arte: líder político

Ya es conocido—pero sólo reconocido desde Picasso—que el arte es el que precede a la Naturaleza. El que la guía. El que la doma. No el arte quien imita a la vida, sino la vida quien imita y se somete al arte. ¡Hay tantos ejemplos, que no voy a citar sino dos inéditos, dos descubrimientos documentales que acabo yo de hacer sobre lo que arte puede provocar hasta en la política!

Pero antes de descubrirlos quiero recordar las páginas de Cocteau en su *Opio* (recién traducido por Ulises) a propósito de su Angel Heustebise. Léanse esas páginas. Van desde la 104 a la 114, bajo el signo de "lo maravilloso". Como se comprenderá por mi alusión, tales páginas son una documentación de precedencias del arte sobre la realidad.

Ya en esta misma GACETA examiné el hecho de haber precedido el "arrastre de curas" de *Un chien andalou*, de Buñuel, en más de dos años de la realidad española.

Pues bien: en *L'âge d'or*, realizada por Buñuel hace un año, hay estas dos imágenes vaticinadoras:

1.° Un hombre de pueblo, con una escopeta, acaricia un niño del contorno. Se pone a hacer un cigarro. El chico se lo tira jugando y echa a correr. El hombre, irritado, en libertad su instinto de represión por la falta inconsciente del chico, se echa la escopeta a la cara y le pega un tiro.

Transcribo—hoy, fines de septiembre de 1931—esta noticia del periódico:

Guadalajara.—Comunican del pueblo de Guajar que los obreros campesinos

Los pulmones del alma se henchían con gozo cósmico de ruiseñor. Una laxitud inefable invadía de delicia la intimidad más íntima del ser nuestro y no se sabía lo que hacer, sino mirar, mirar el cielo, prentiendo que era una visión mística, de gracia—duradera en tanto los demás hombres no se preocupasen de ella.

En efecto—¿verdad?—a los pocos días, nubes blancas, nubes grises, nubes negras, sobre la diafanidad abrilena. El cielo torvo y esclavizado, otra vez.

Rayos y truenos, lluvia y relámpagos. Y nuestro paraguas abierto. Encerrado en nuestra cárcel cotidiana. ¡Y adelante!

¡La Libertad! ¿Quién dice que la Libertad tiene nombre de "masa"?

La masa sólo es libre cuando alguien la esclaviza. No hay peor tormento para la masa que entregarla la libertad, mariposa de espuma, iris de humo, tornasol de agua.

Yo no he visitado Rusia. Pero conozco Italia. Y he visto "la alegría de la masa", con su libertad conquistada en su tirano. La libertad política de la masa es una forma de amor que sólo siente satisfecha, "libre", como cuando se siente libre la mujer enamorada, a ser poseída.

Todos conocemos la angustia triste de "las masas sueltas, estériles", con libertad teórica, "individualística", angustia neurótica de célibes, en busca de lo que no encuentran: una sumisión. Unamama ha ahondado mucho en esto. Unamama me entendería lo que quiero decir, lo que ha afirmado tantas veces que es la oveja lo que los hombres quieren ser y no el pastor.

¡La Libertad! Por unción y amor a la Libertad, yo os ruego que dejéis esta palabra en sosiego. Por místico de la Libertad, yo os suplico que no juguéis con su esencia indecible y solitaria, con su gracia femenina y embriagadora.

El Robinson os pide que le permitáis saborear, aún transidamente, en su séptima morada, el perfume de lo que se desvaneció, de lo que le atravesó el alma por los cielos de abril. No le importará luego que le llaméis reaccionario.

sindicalistas se agruparon armados de escopetas en los alrededores del pueblo para impedir que los demás salieran a trabajar.

Sólo intentó salir un niño de doce años, a quien su padre había mandado a segar hierba para pastos.

Un sindicalista disparó un tiro contra el niño, dejándole herido.

Entonces se presentaron el padre y un tío del niño, que protestaron de la acción realizada por los sindicalistas.

El mismo que había disparado el primer tiro disparó otra vez y mató al niño.

2.° En el mismo "film", un individuo que había sido hasta entonces un héroe de la Beneficencia pública, se encuentra con un anciano en una acera y le entra tal repulsión por esa vida ya inservible y gotosa, parásita, que le pega un puntapié en el vientre, del que la víctima se libra malamente.

Transcribo—hoy, fines de septiembre de 1931—esta otra noticia de La Voz de Madrid:

Granada.—El anciano Miguel Castiello García se quedó dormido en el portal de una casa de la calle Ancha de los Capuchinos.

Unos desconocidos le rociaron la ropa con gasolina y le prendieron fuego.

El pobre anciano despertó envuelto en llamas. Trasladado rápidamente al hospital, se le apreciaron diversas quemaduras de primer grado.

Se ignora quiénes sean los autores de la salvajada.

COPLA DEL ALBAÑIL

Albañil, honrado socialista de alma de yeso en la tartera blanca.

Paloma de un Carlos Marx con cara de San José bendito en la verbena del Carmen.

¿Quieres dejar un momento tu alma de yeso y de leer "El Socialista"?

¡La obra se te hunde! ¡La obra se te hunde!

¡Tarará!

¡Te comen los garbanzos, te muerden la tartera, ¡tarará!

¡Los perros! ¡Los perros, con más hambre que tú!

COPLA DEL TIPOGRAFO

Tipógrafo de dril, que juegas a la rana los domingos, adocquines entre acacias.

Que sabes la Gramática Real de la Española y oíste a Pablo Iglesias.

¡No es ahí donde el plomo debes colar!

Deja la faringe del batracio. La chapa y el vermú.

Se marchó ya el rey de España, ¿lo sabías?

Y te han hecho, ¿lo sabías?, ¡a ti! rey de España.

¡Tarará!

Mas todos los reyes mueren, ¿lo sabías?

por jugar mucho a la rana,

¡tarará!

por jugar mucho a la rana, los vermús.

COPLA DEL CHOFER

Chófer del taxi verde levántate del volante, levántate chófer del taxi azul.

Baja o sube tu bandera—ya es lo mismo—, tu bandera azul y verde.

¡Tarará!

Tu carrera se ha parado (no hay propina) y la llanta se ha estallado,

¡tarará!

y la llanta se ha estallado en la boca de una Star.

COPLA DEL LIMPIABOTAS

Limpiabotas: descansado y de mangante señorito madrileño, limpiabotas,

es tu oficio.

Prefieres arrodillarte a los pies de otros mangantes y acariciarles durezas.

¡Hembras y toros! Y el resto: cigarro y no trabajar.

Limpiabotas de cafeses, de plazuelas y salones: a lo lejos, cabalgando, botas fuertes,

¡tarará!

botas fuertes sin cepillo ni charoles—apuntando la patada, ¡qué patada!

¡tarará!

en tus cremas y franelas, ¡qué patada en tu metal!

COPLA DEL PELUQUERO

Ondula, coafer de barrio, perifolla la morena, metiendo bien el dedito en las ondas de tu barrio, de su pelo.

Rapa la barba al compadre. Y enfundada la tijera, vete a la Casa del Pueblo,

a discutir nuevas Bases a la humanidad y al gremio.

¿Champoin? ¿Colonias? ¿Qué aguas ponemos?

¡Las mayores,

¡tarará!

las mayores, peluquero!

COPLA DEL CAMARERO

Ilústrate, camarero. La Cultura toma café con Byas, todas las tardes en punto a las tres, sobre tu turno y tu mesa.

¡Un médico! ¡Un abogado! ¡Un profesor!

(ilústrate, camarero)—de los pechos del partido los sostenes. En tu turno y a tu mesa.

Te defienden tus derechos, te defienden tus sostenes. —¿un poco más de azúcar, señor?

La Cultura está en tu mesa, se afilió ayer al partido. Mil pesetas mensuales de sostenes,

¡tarará!

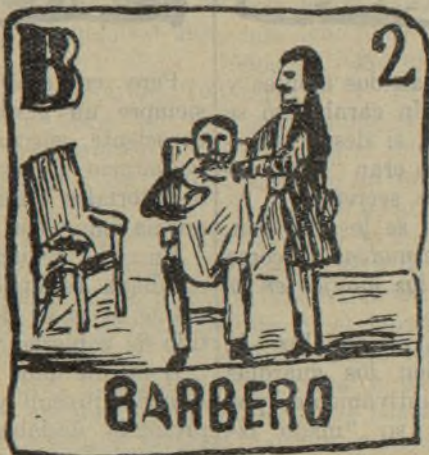
la Cultura tiene hoy.

Ilústrate, camarero. Por ti piensan

sienten, obran y peroran

tres cafés con Byas, ¡tarará!

Coplas del Tarará a los U. G. T. madrileños



COPLA DEL LIDER LOCAL

Todos creen en tu genio. ¡De peón a diputado pasando por concejal!

La parienta, sin embargo, duda mucho de tu genio socialista y se siente la virreina

con alhajas, con sombrero, dos criadas y la misa matinal!

¡Si la objetas!

¡Ay, dónde está el pistolero—mientras zurra tu oratoria, ¡tarará!

y tus lomos la parienta, la virreina, que te llevase a enterrar!

COPLA DE "¡VIENE EL SINDICALISTA!"

¿Dispararon? ¿Dónde, la autoridad? ¡Guardias de asalto!

Un impacto, dos, tres, ¡paf, paf!

¡Que viene el sindicalista!

Habrà que armarse, que armarse

y hacer llorar,

a las mujeres, los niños,

los humanos indefensos, los débiles

de la Internacional!

¡Que viene el sindicalista!

Habrà que armarse... Sangre humana

derramar... ¡Que viene!

¿Dispararon?

Dos, tres, cuatro impactos, ¡paf, paf!

¿Hay víctimas?

Hay verbenas, tras la esquina,

pim pam pum y tiro al blanco

y cohetes—¡qué bonitos!—, ¡tarará!

COPLA TRAGICA DE LOS U. G. T. MADRILEÑOS

Buenos hombres madrileños, ugetés de Maravillas, compañeros

de la Inclusa, del barrio del Hospital...

Socialistas madrileños, tan honrados, tan legales, comuneros de las Cortes,

¡tarará!

Madrid se queda sin gente.

¿Sabéis lo que pasará?

(Madrid se encuentra cercado. Sus murallas, de cristal.)

¡Ay, ugetés madrileños, comuneros de las Cortes, sentados

en una villa real, como reyes sin ser reyes, y heredando

todo el odio de una España por su villa capital!

¡Ay, ugetés madrileños, Madrid entra en la agonía!

¡Tarará!

¡Socialistas, pacifistas, buenas gentes, ugetés de parlamento,

perorantes de las Cortes, sobre escaños, como en escaños de bar!...

La meseta de Castilla—como mesa de taberna—, ¿no la sentís escalar?

Más que el vino sube el odio a las cabezas, y el odio hacia vuestros cuellos va.

¡Ay, ugetés madrileños!

¿Sabéis lo que pasará?

Forasteros rencorosos, las provincias, con el odio de tres siglos en la mano

como bombas contra Madrid, capital,

desarmada, legalista, libertaria, ugetista, humanitaria,

las murallas de cristal...

¡Ay, ugetés madrileños!

¡Silencio y en pie! ¡Alertas!

¡Tarará!

Olvidasteis la tragedia. Y ya vuelve...

Una vez más.

Olvidasteis, comuneros, la rota de Villalar.

Sepultas las libertades, siega de cuellos honrados,

¡y un forastero triunfal!

¡Ay, ugetés madrileños!

¡Ay, tarará, tarará!

INVESTIGACIONES VASCAS

Los tiros, el negocio y Pío Baroja

¡Tiros! reservado, de cansancio, sin entusiasmo alguno, sin esa exquisita ferocidad que debe poner todo interventor de haciendas y libertades.

leyendo los periódicos de Madrid—se diría que el País Vasco está en llamas. Se diría que en el interior de todo caserío hay un irredento y tras cada peña un cura con el sable entre los dientes.

Yo no he atravesado más que la provincia de Guipúzcoa, algo de la alavesa y un poco de la vizcaína. He auscultado tres o cuatro días la ciudad de San Sebastián, "nido de conspiradores monárquicos".

Puedo afirmar que la única inquietud de revolución que sentí, fué llegando a Alsasua, pasando el puerto. Sabido es, que entre Alsasua y Estella, el Ministerio de la Guerra tenía unas maniobras muy secretas y muy públicas.

Iba el coche a hacer una tornada en curva, cuando un cashero vasco salió en medio del camino, corriendo y alzando los brazos desesperado. Y con esa lengua del vasco cuando habla castellano, mucho más enigmática que cuando habla vasco, exclamó:

—*¡Tiros!*

El coche se paró en seco.

—*¡Dos tiros!*

—*¡Eso es que se ha armado!*—pensamos. Saqué la cabeza hacia nuestro salvador. Y le pregunté, precipitadamente: *¿Hay que volver?*

—*No, ahí, en seguro, más allá, peligro.*

Nos quedamos confusos... Cuando, de pronto... *¡Pam, pam!*

—*Ya seguir, pueden*—nos dijo lentamente el cashero.

Eran dos barrenos, en la cantera del monte.

Otros barrenos, en acumulación.

Yo no digo que en las conciencias de estos montañeses no haya otros barrenos en preparación. Que se vayan acumulando materias explosivas, estallables un día. Y cojan a los coches que crucen el camino.

Presencé una escena, tan significativa en este sentido, que se la quiero relatar ahora mismo a las Cortes, si las Cortes son capaces de gustar y entender otras escenas que no sean la suyas propias.

Tuve que ir una mañana de San Sebastián a Hendaya. Se me marchaba un pariente francés a París, y debía estar en la estación gala a las doce y media (una y media de Francia).

Me dijeron que el servicio eléctrico establecido recientemente entre Beasain y Hendaya era una maravilla.

—*Mire, en el "topo", tarda casi una hora. En el tren del Norte, un cuarto de hora.*

Lo sentí por el pobre "topo", aquel tren como los de Buster Keaton, que se metía por los escaparates de la ciudad, que se tomaba como un tranvía, en su discreta parada.

Me fuí a la estación antes de las diez de la mañana. Y partimos.

La cosa fué magnífica. Al cuarto de hora estábamos en Irún.

—*De Irún a Hendaya*—pensamos—*son dos minutos. ¡Bravo!* Pero al decir *bravo* se presentaron delante de nosotros unos palicías. Después unos carabineros.

Ni los policías ni los carabineros eran bravos ni brutales. Al contrario. Empezaron a molestarnos precisamente por no serlo.

Nos pidieron los pasaportes. El registro de equipajes. El dinero que llevábamos. Pero nos lo pedían con aire

Pasó media hora. Luego un cuarto. En el vagón de tercera comenzó a formarse ese espíritu de tribu. De fratria indisoluble, que se forma en seguida en los vagones españoles de tercera.

Yo me quedaba estupefacto al comprobar aún lo que a un español irrita toda intervención de la ley. El anarquista imposible que se lleva aquí dentro.

Unos viajeros—los más bellacos—sonreían a los carabineros, les hablaban, les ofrecían pitillos, como ex votos a cualquier daño diabólico posible. Los más terner, respondían con gruñidos o se encogían de hombros.

Por fin, salió el tren. Eran las once. Habría recorrido diez metros, cuando



se paró. En el coche iban dos monjas y un frailecito novicio. Un carabinero se había recordado—como si despertase—de que monjas y frailes eran "cajas registradoras", con clave secreta.

Se les echó abajo, y se los llevaron, como decía uno al desnuden. O como decía otro: *a mirar a las monjas en er sielo de la boca.*

Quien decía esto era un andaluz—de tipo ajerezado—a quien los guardias habían respetado instintivamente, por su prestancia, y por su "mano izquierda".

Pasaba por *mano izquierda*. Pero era una mano que no debía saber lo que hacía la otra, la derecha. A mí me dió la impresión de un magnífico contrabandista, que no se recataba de tomar el pelo a los pobres carabineros apenas volvían la cabeza.

En el registro de *lugares sacros*, se pasó una media hora larga. Las monjas eran dos pobres viejas, una de ellas muy peluda y muy zamba.

El novicio—con aire campesino e inocente—había declarado llevar como todo capital, 52 francos.

El vagón, el tren, había quedado en la vía como en un lazareto.

La gente comenzó ya a exaltarse. Nadie se ocultaba de insultar al Gobierno. De maldecir el régimen. *¡Pues pobrecitas monjas, como si ellas tuvieran la culpa de la peseta!* *¡Paciencia*—decía uno, con boina—*ya llegará, ya llegará!*

Yo no sé lo que habría de llegar. Pero lo que no llegaba ni aparecía por parte alguna, era *alguien*, una sombra de autoridad, un signo cualquiera de responsabilidad que cortase aquel murmullo subversivo, aquel *barrenamiento*.

Yo no tengo espíritu de policía. Me repugna. Pero por motivos superiores, independientes de cualquier política, estuve a punto de saltar e imponer un sentido legal a la cosa, un cauce de comprensión.

Pero por otro lado me daba cuenta que aquella gente popular, aquel verdadero "pueblo", tenía sus razones y sus derechos de inquietud.

Nada hay más peligroso e indignante frente a las masas que intervenir en su libertad en nombre de la libertad. Es algo que no entenderán ni aceptarán nunca. Hubiera bastado en aquel vagón un simple republicano, con un simple distintivo en la solapa, que hubiese dado dos voces decididas y terminantes.

Al fin y al cabo, presentar, con aire, el caso de unas monjas que nunca se habrían desnudado—y tal vez—hacerlas lavar, no dejaría de tener gracia genial y populachera. Sería algo como lo del aceite ricino fascista.

Pero, no. El pueblo se encontraba frente a la fuerza "neutra" del carabinero y del policía. De los instrumentos tradicionales, servidores de todo régimen por deber, por inercia, por profesionalidad.

Durante la guerra, yo presencié registros en las fronteras.

En la Italia del 27, aún la guardia fascista preguntaba a los viajeros sobre los periódicos y papeles que llevaban.



Pero en esas intervenciones había siempre un gesto necesario, severo y consciente, encuadrado en un *uniforme voluntario y civil*. Las intervenciones dictatoriales rusas, creo que dan esa misma impresión inexorable.

En estas pequeñas escenas de la vida cotidiana es donde se aprecia exactamente el valor de un régimen, su sentido de gobierno y de organización.

A mí me daba angustia ver la *nueva España*, juvenil y creadora, que se nos prometía, deslabazada y abandonada a las manos neutras y siempre inútiles de lo puramente policíaco. Sin una voz de responsabilidad. Sin una mirada de fe.

Cuando llegamos a la estación de Hendaya, estaba a punto de salir el tren de las doce y media (una y media de Francia). Pues hasta en la hora, seguimos defendiéndonos en el retraso tradicional, antieuropeo.

Baroja cree que todo es un negocio.

Pensé que las informaciones más finas, fieles y veraces de lo que pasase en el País Vasco, las tendría ese su gran Robinson, ese su observador implacable: el solitario de Vera, Pío Baroja.

Le avisé por teléfono a Itzea. Y partí en su busca.

Me esperaba a la puerta de su casona, tras la raya fronteriza de España, donde juega al marro con las autoridades francoespañolas.

Es un caso de inquilinato, digno de ser interpretado por Chaplin.

¿Qué quisieran los carabineros apresarlo? Abriría las piernas y estaría en salvo. ¿Qué quisieran los gendarmes detenerlo? Pues saltaría a pies juntillas diez centímetros y estaría en otro país.

Es una casa ideal para un contrabandista o para un conspirador. Se ve que el espíritu de Aviraneta le ha empujado a esa ideal estrategia consigo mismo.

Nos subimos a su magnífica biblio-

teca. En el silencio soberbio, aristocrático, casi olímpico de la casa.

Nos sentamos frente a frente, distantes. En dos butacas que conservan entre sí distancias nobles, distancias de otras épocas menos confusas y mezcladas que la actual. Le di unas pequeñas noticias sobre mis últimos viajes, que parecían interesarle, y en seguida abrí mi informe:

—*¿Qué pasa aquí, Baroja?*

—*Nada.*

—*Pero, ¿y esas partidas de hombres que andan por los campos, según dicen los periódicos?*

—*Fantasías. Donde se conspira algo, donde se ha refugiado el carlismo y la posible reacción es en las ciudades. Ahí, sí. Pero, ¡por los campos! Es una ilusión creer que el cura y el campesino andan jugando al escondite. Cosas de ciudad.*

—*A mí me había parecido también eso. Pero, ¿y ese resurgir religioso que dicen por Madrid?*

—*Mire, usted... Yo creo que todo ello tiene aires de un negocio. Los vascos son algo como los catalanes, que miran siempre un lado práctico. Aquí se ha visto un asunto en la República. Se quiere dar a toda España la impresión de que el País Vasco es un sitio respetable, serio, donde no se tolera al comunista, ni al ateo, donde el rico puede vivir tranquilo. Y, en efecto, el dinero del resto de España va viniendo poco a poco a fijarse aquí. Hay andaluces—por ejemplo—que no sólo compran chalets para vivir en estas nuevas tierras, sino que llegan a ponerse hasta insignias bizcarras en la chaqueta.*

Seguimos hablando largo rato. Le expuse mis tesis sobre el origen totémico de esta República. Sobre el "asunto catalán" de esta República. Parecieron interesarle vivamente.

Me preguntó con curiosidad cuánto había empleado para escribir el *Robinson Literario*.

—*¿Eso le llevará a usted más de trescientas cuartillas?*

—*Sí. Por ahí—le respondí—. Pero no crea que empleo mucho tiempo. Me ha entrado una vena frenética de escribir, y me estaría escribiendo veinticuatro horas seguidas si mis fuerzas físicas resistiesen.*

—*Yo creo—afirmó Baroja—que se avecina una revisión literaria de valo-*



res en nuestra literatura y nuestra política. Noto una cierta violencia agresiva en varias gentes, que me parece sintomática.

Salimos. Eran cerca de las siete de la tarde, y yo debía tomar un tren de las siete y media. Llegamos a la estación de Vera, y nos dijeron que era a las ocho y cuarto.

Nos pusimos a pasear carretera adelante, hasta el kilómetro 26, que fué donde los sindicalistas mataron a dos guardias civiles en la intentona de Vera. Baroja me explicó el suceso.

Su perro Thor, aquel que le mordió,

empezó una noche a ladrar. Despertó al alguacil, quien vió pasar unas sombras por la carretera, se levantó y dió aviso a la pareja.

Esta pareja echó a andar por la carretera, y en este kilómetro 26, fué el encuentro y su muerte.

Estando Pío Baroja en estas explicaciones, dos muchachas pasaron en la oscuridad, saludándole. A Baroja le saludan—y saluda—todos cuantos encuentran. Las chicas se pararon.

—Hemos apostado con aquellas dos miedosas—dijeron señalando a otras dos mujercitas que no veíamos—que llegamos solas hasta la cantera.

—Si necesitan compañía—dijo alegremente Baroja—ya saben que aquí estamos.

EL ROBINSON Y LA PIEDAD

Judaísmo, Catolicismo, Laicismo

Acompañando a dos de mis sefardíes—una de estas semanas—por Madrid, les conduje al oratorio judío, por ser aquel día el Año Nuevo de los hebreos.

El oratorio judío de Madrid está en una calle estrecha y céntrica de Madrid. Es un tercer piso modesto de una casa cualquiera. Quien entrase en aquella casa, ignorando su existencia, se quedaría extrañado, estupefacto, al entreoír por una puerta semiabierta un rumor gangoso y melódico de rezo inentendible.

Empujamos nosotros aquella semiabierta entrada y nos encontramos en el minúsculo templo madrileño de Adonai. Es—sin duda—el más humilde de España. Bien es verdad que en España no hay más que dos vigentes. El de Barcelona y éste. Había en Sevilla, pero últimamente lo suprimieron—según me contaron los turroneiros judíos de aquel barrio sevillano, del que hablaré un día. Las grandes sinagogas de España pertenecen al pasado, a la arqueología, a lo sido. El movimiento sefardí de última hora quiere revivir el Tránsito de Toledo, aunque sólo sea para Museo judaico.

Habría en el oratorio madrileño hasta una veintena de fieles.

Muchos de ellos me conocían y me saludaron amablemente. Y mucho más me sonrieron al apreciar que mis acompañantes requerían el *talet*—esa bufanda sacra de la oración judía—y se ponían a rezar en el conjunto.

Todo estaba improvisado y portátil en aquel oratorio. El arca de los rollos era un armario doméstico. Las cortinas cobertoras del arca un portier como de ducha. La lámpara del templo una de comedor. El altar, en el centro, como un escritorio de modesto contable. Los bancos de la capilla, sillas de enea.

En la estancia trasera—levadas las puertas—se hallaba “la tribuna” de las mujeres, separadas ritualmente de los hombres, por este sencillo sistema.

Se veía en todos estos detalles—penosa y angustiosamente—el sentido criptico y secreto de una raza acostumbrada a improvisar en cualquier rincón del mundo su voluntad religiosa de persistir.

Yo he visto muchas, muchas sinagogas. (Las sinagogas me atraen por lo que tienen de matrices de las otras iglesias posteriores.) Pero ninguna me produjo la sensación de esta madrileña. Acostumbrado a ignorar el judío en Madrid, en mi ciudad—acostumbrado a contemplar al judío como algo exótico y alejado—¡qué impresión ver aquella veintena agrupada en el centro de la ciudad católica y antisemita, con menos tradición de semitismo que Roma misma, donde el ghetto pervive intacto desde los emperadores romanos, desde antes de Cristo, allá orillas del Tiber!

Las chicas se rieron y siguieron su amazónica apuesta.

Al volver a la estación encontramos a las miedosas. Una vascoargentina, muy guapa. Y una aragonesa, también muy bien—con cara de cuadro, como dice Baroja cuando quiere elogiar la belleza de una mujer.

Nos entretuvimos con ellas hasta que las otras llegaron victoriosas.

En la oscuridad cerrada, sólo desvelaban nuestro grupo los faros de los autos y camiones.

—¡Bueno—dije—que sale el tren y nos van a tomar por conspiradores! O por curas malignos y endemoniados. Baroja, solos con estas chicas.

Baroja me dejó en la estación. Llovía. Echó a correr, con el único pánico serio de su vida: el reuma.

Siempre me pareció ante este oratorio revivir de un golpe—toda una vieja esencia de Madrid, cuando aún quedaban “marranos”, en culto secreto de sus creencias. A mí me consta que muchos de tales marranos perduran en la capital, sin saber su origen. A mis dos sefardíes les enseñé varios, al pasear la ciudad.

Aun en esta fiesta del Año Nuevo la liturgia judía es pobre y descolorida, reducida a lo imprescindible, con “ceremonias portátiles, muebles”.

Yo la he presenciado hace dos años en el gran templo de Sofía—¿recuerda usted, gran marqués de Dos Fuentes?—y su boato no varió gran cosa del boato humilde de Madrid. Se observa en seguida, mirando el ritual judío, que los protestantes al puritanizar la Biblia, se asimilaron este espíritu desnudo e intelectual, seco, austero, severo.

Al salir del oratorio, mis sefardíes, con curiosidad simpática y libre—tal vez queriéndome gastar una cortesía—me rogaron que les condujese a un templo católico de Madrid.

Accedí con gusto. La inmersión de media hora en un ambiente cargado de sales piadosas, me había excitado el apetito religioso, los músculos sentimentales, la vocación de ultramundo.

Naturalmente, les llevé a mi iglesia. La única hermosa y solemne de Madrid. Quizá la más radicada y preñada de sentido: San Isidro, la catedral de la calle de Toledo.

Hacía tiempo—mucho tiempo—que no entraba en ella. Tuvimos la fortuna de encontrar misa mayor, o sea, el máximo de ceremonial cotidiano.

Nos sentamos en los bancos del crucero. Y les dejé en silencio. Y yo me lancé a mi ventura. ¡Y qué ventura! Veía la pila donde recibí mi crisma, mi religación a un pasado histórico, a una raza, a un credo, a una familia espiritual. Veía la capilla donde mi madre me traía todos los domingos a rezar a San José. Escuchaba el órgano, y las voces acólitas que perduraban dormidas en mí, y echaron a volar como aves oscuras y alegres. El pertiguero con su peluca, con su pèrtiga de plata, con su sayo morado. ¡Y cuánto cuadro, y cuánta estatua! ¡Y ese olor imborrable del incienso! ¡Qué hermoso, qué hermoso, qué europeo y magnífico es el catolicismo! ¡Qué tecnicismo fino del alma esta religión, que significó, y significa aún, el triunfo de Europa! Ya sé que lleva introyectadas en sus entrañas supersticiones prehistóricas, ademanes milenarios, soplos judíos, ráfagas paganas, angustiosos medievales. Pero, a pesar de todo, ese acierto único suyo de acudir a toda la sensualidad del Hombre para traspasar su alma. Ojos, cuabros, luces. Oídos, música y canción. Olfato, incienso y cera. Tacto, estatua

y cúpula. Sabor, hostia en los labios, vino de cáliz, vino y pan. Y sentido quinético, dramático, en los movimientos sacerdotales, en las comitivas canónicas, acólitas, ministriles. Y voluptuosidad de la casulla en seda. Y el brocado, y el oro, y la llama de cirio y el herraje del altar... El Drama del Hombre en todo su espectáculo y en toda su grandeza. ¡Y haber vivido este drama en la niñez!

Me puse a pensar en el crimen frío, viscoso y horrendo—en la atroz hipocresía—que significa la tesis laica de dejar al niño sin religión para que escoja “libremente” cuando llegue a adulto. ¡Pero si no hay religión sin niñez! ¡Si la religión es fuerza oscura, atávica, salto atrás, defensa del subconsciente, poesía de orígenes! ¡Escoger religión! ¡Pero si eso es imposible! Si aun el hombre más selecto y sensible se vería incapaz de decidir, porque una religión no es un concurso objetivo de belleza, ni una cosa razonable! ¡Si en una religión no hay nada objetivo! ¡Si lo único objetivo que tiene es la suma de todas las subjetividades...!

¡Qué crimen, la tesis laica; qué brutalidad monstruosa contra el niño, como lo son todas las tesis humanitarias!

Se comprende—y yo la aplaudo porque la comprendo—la decisión rusa de prescindir de toda religión en toda época y en toda edad. Eso significa una valentía hermosa, una nueva religión indecible. ¡Pero permanecer sin religión hasta los treinta años y luego escoger, como se escoge a una mujer en un burdel para acostarse un rato con ella!

Pensé todo esto porque me sentía íntimamente libre y ligado. Acababa de gozar el judaísmo, con la mente libre y con sustancias sentimentales propias de recuerdos propios, recientes. Pero al entrar en mi vieja iglesia natal sentí lo que debieron sentir mis judíos en su sinagoga. Que el mundo es una serie de madres. Y que al hijo más pródigo y antifamiliar se le llenan de ternura las entrañas al sentir de pronto el vaho remoto de un regazo indisoluble, al reencontrarse asimismo, infante e indefenso, apretado a un pecho caliente, a la leche primera de su vida.

La maldición más grave que se puede oír en el mundo es esa que arrojamus desde niños los españoles a todos los traidores y canallas: ¡Maldita sea la leche que has mamado! Porque es apuñalarlos para siempre en sus orígenes, en su raíz genética.

La tesis laica quiere suprimir la leche de madre por la leche en polvo—civilizada—para que esa maldición quede ya sin efecto pavoroso. Quede ya, sobre todo, sin sublimidad trascendente. Neutralizada por hipócrita falsificación, por polvorientas vitaminas.

Viajes del Robinson

Mediterráneo, por el aire

El aeroplano es un aparato intolerable—me decía esta primavera en Bucarest, deliciosamente, madame Gafenko, tan fina, aguda, tan bella—. Se pasa del terror al aburrimiento.

Una hora es mucho viajar en aeroplano. Tres, excesivo. Nueve horas, como he atravesado yo hace semanas, es como para sublimar lo que sufrieran y lo que se aburrieran los recordistas de duración aérea.

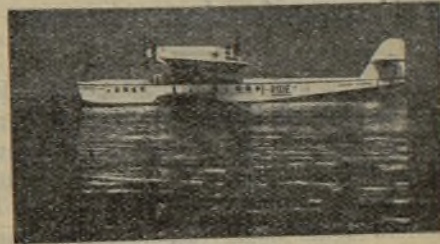
Lo que más fatiga del viaje velívolo es el compartir el esfuerzo del aparato por sostenerse en el aire. No se sabe cómo ayudar tal esfuerzo heroico, y como no se sabe ayudar a lo sobrenatural, los nervios se desgajan de laxitud.

Hacía tiempo que yo soñaba con cruzar el mar interior de Europa, nuestro mar más antiguo y civil, más viejo y noble, por el aire, por encima, sin ro-

zarlo, como miran los ángeles de Angeles Santos las playas del mundo, entre estrellas y escalas de cristal.

El Mediterráneo lo había costado ya con todos los sistemas vehiculares: en tren, en buque, en automóvil. Trozos suyos los hice a caballo, en carro, a pie. Me faltaba el aire y me ahogaba por encontrar ese aire sobrefacial del divino piélago.

Quería ensayar todas las caricias consoladoras sobre este mar europeo tan desdeñado por esas generaciones españolas nordizantes y reformistas que nos han precedido. Esas generaciones espa-



El cuadrimotor marino, nuevo faetón mediterráneo.

ñolas con razas africanas y pasiones de beduínos que sólo se encuentran en su clima, al tocar el canal de la Mancha, el Báltico, el Caspio, el estrecho de Bering.

Yo no tengo por el Mediterráneo la idea mítica que tenían de él tales generaciones. Mejor dicho, antimitica y antipática. Me encuentro aún más lejos que ellas de un Blasco Ibáñez, de un D'Annunzio, de un Guerra Junqueiro. Sobre el Mediterráneo he dejado dentro de mí que los sentimientos recobren su puesto sobre las ideas.

He dejado que la fluencia recobre su puesto y cada cosa su valor. De ahí que yo, sin ser mediterráneo, como no lo somos los hijos ibéricos de Castilla, haya reconocido en esa cuenca humana de Europa una faz mágica que mis próximos antepasados me escamotearon entre trapos y papel de periódico, intolerablemente.

Contra lo que se cree, el Mediterráneo no es el imperio de la luz y de la nitidez. No lo he visto nunca puro de neblinas, de vientos, de lluvias. En la cabeza de Goethe y de Nietzsche, el Mediterráneo era más cristalino que en su realidad.

Ahora bien: estas neblinas y lluvias no son lluvias ni neblinas. Sino esos ropones sucios que se ponían los antiguos a veces para ocultar desnudos de oro y mármol.

Cuando un trozo de costa rasga sus vestiduras y se tiende en la espuma, el corazón estalla, y el sexo se dispara, y el intelecto canta a toda presión, al compás de todos los cilindros de la máquina aérea, que se transforma en Paloma sobre Afrodita, y a nosotros (en su seno) en dios metamorfoseado, a punto de caer, lujurioso y magnífico, sobre la virgen marina. (¡Perfiles, muslos de Palamos, de Rosas, de Creus. Puntas de seno de Hyeres, Vientre de la Napoule. Torso de Antibes!)

Pero la mayor impresión desde mi faetón marino del aire mediterráneo, ese paisaje barresiano de Aguas Muertas. Desde el cuadrimotor—cuadriga de hélices—, ese Golfo de las Santas Marías. Esa desembocadura en canales holandeses del Ródano.

Me pareció la muerte de la virgen pintada por Mantegna. Pero un Mantegna que emplease salita de arcángeles y ojos vidriados de cadáver. Cuando el Mediterráneo se muere, la muerte se muere más que la misma muerte.

Comprendí cómo Valdés Leal era un Mediterráneo de las Santas Marías, y cómo Luis Buñuel, al matar burros, es un aragonés de Aguas Muertas. Y cómo esa muerte me llenaba a mí de vida y de sabor eterno de mí mismo.

Mi cuadriga helicoidal—generosa y magnífica, digna de una patria dueña

secular de ese mar—, me dejó en Génova un atardecer con el sol metido entre lluvia. El sol de Cataluña con lágrimas del Ródano, con oscuridades marselesas de Marignone.

Guardo ese aire cogido en el aire mediterráneo, como el último balón de oxígeno que mis recuerdos consumirán, allá, no sé cuándo, no sé cuándo me he de morir.

EL ROBINSON Y EL ARTE

Disgusto por la "arquitectura nueva"

No lo sé por qué. Pero es cierto. Es cierto el malestar que me va produciendo ya esta arquitectura racionalista, cubista, lecorbusierana, que empieza a invadirnos, a aplastarnos. ¡Quién me lo hubiera dicho hace tres, hace dos, hace un año! Cuando al fundar *La Galería* y traer muebles de acero por vez primera a Madrid, y amistar con Mercadal y Aizpurúa y Domínguez y los otros arquitectos jóvenes, me parecía entrar en un terreno evangélico!

No lo sé por qué. Pero esta arquitectura me va produciendo ya repugnancia y compasión. Desdén.

Estas pastelerías en forma de buque. Estas tiendas de calcetines, planeadas como aviones.

Siempre me irritó—oscuramente—el origen especial del racionalismo en España. Ahora, como lo he descubierto claramente, ya no me irrita. Me inspira desprecio. La arquitectura cubista—como el gótico—nació en tierras galogermánicas, en climas de lluvia. Pero inspirándose—más aún que el gótico—en cimientos antiguos, mediterráneos.

Los arquitectos del *Bauhaus* vieron su ideal en las casas cúbicas del Africa o del mundo grecorromano.

Así como el malagueño Picasso creó la pintura nueva, las casas de Sevilla o de Tetuán, vienen a ser las matrices geniales de esta arquitectura racionalista, transformada por alemanes, suizos y franceses, bajo la presión de sus climas nórdicos. O sea: quitando cal y añadiendo cristales.

Ahora bien: en España—como en la Italia prefascista—, en vez de encontrar tal arquitectura como "un robo nacional de tesoros artísticos", nuestros jóvenes arquitectos se iban orgullosos a Stuttgart "a traernos las gallinas", a traernos estas pastelerías amazacotadas, estas oficinas de cristal, donde se asan vivos los que las frecuentan en Madrid.

Yo no sé si por antirracionalismo, de un lado, y por dignidad nacional, de otro, es el caso que esta "nueva arquitectura" me va pareciendo más vieja que la de Churriguera.

EL ROBINSON Y EL TEATRO

Azorín y Díaz-Plaja

"Azorín" se ha negado siempre a poner prólogos. Pero no a que se los pongan a él. Así, el vivaz Díaz-Plaja, calán de apellido mestizo y denunciador, ha conseguido prefaciarse al castellanizante máximo del 98.

No he de ocuparme ahora de este Teatro de "Azorín", impreso por la Ciap. en Obras Completas.

Me he ocupado otras veces ya.

En cambio tengo que decir unas palabras sobre Díaz-Plaja. Díaz-Plaja es uno de tantos amigos que ha buscado el bautismo central en LA GACETA LITERARIA; que me designó un día como bautista. Pero, al revés de tantos otros catecúmenos que luego le rompieron a

uno esa crisma en la cabeza, Plaja ha permanecido hasta ahora cordial y atento. A un Robinson esto debe tenerle sin cuidado. Y, efectivamente, le tiene. Pero le place señalar toda deferencia del mundo civilizado.

Plaja tiene talento crítico sobre una vena dramática. Quizá le falta genuinidad para lanzarse a la producción pura del drama. Pero quizá no le falte para realizar esa su vena, en el cine, un día. Porque Plaja, además de entendido en teatro, lo es, y mucho, en cinema. Su libro de cine es de lo más vigoroso, completo y perspicaz que se ha escrito en España sobre cine. Bien es verdad que se ha escrito muy poco. Tiene denuncias muy finas en cinematografía—como esa *Nótula* en la "Revista de Catalunya"—sobre la "Decadencia de los dibujos animados".

¡Qué ganas tiene el Robinson de ocuparse de los *Dibujos animados*, con permiso del gran Gómez Mesa!

Sin embargo, Plaja (como Arconada, como Mesa, como Díaz-Berrio, como uno mismo) no pertenece a la categoría de "crítico de cine".

Un día habrá que dar el ataque en línea a esa categoría. Terminar con la vergüenza social de tener "el espectáculo más humano y amplio del hombre actual" en manos *generalmente* agacilladas, a tanto la línea, sin libertad y sin fuerza honda de opinar. Conste que no me refiero a nadie concreto. Y haría mal de ofenderse alguien, pues sería como aquel que volvió la cara cuando uno chilló detrás ¡bruto! El cine, terrible negocio, habría que separarlo del negocio—para poder hablar de él puramente, dignamente, altamente—como se ha llegado a hablar del teatro, de la poesía, de la música, en perdurables y clásicos ensayos.

Nada de soberbia, humildad y dolorido sentir

Hay quien ha motejado al Robinson Literario de soberbio, por su aislamiento aparentemente despectivo y opresor. ¡Qué error, qué triste error! ¡Soberbio! No. Soberbio, no. Más bien todo lo contrario: humildad y dolorido sentir.

Piense—quien pensase así—lo que significa a un hombre que lleva desde hace veinte, veinticinco años, desde la escuela, gastando el dinero a su familia, gastando su salud personal, consumiendo el fuego de su juventud, en tareas que soñaba grandes, y que sólo resultaron desinteresadas (por hablar social y económicamente).

Piense—quien piense así—lo que significa acercarse virginalmente, años y años, a unos, a otros, buscando trabajo, cauce, y encontrar sólo burla solapada, desdén de ricachos.

A veces, la gente le dice al Robinson: ¡Bah, usted no necesita nada! Usted es rico.

Pero la gente, en esas cosas, no sabe nunca lo que dice, y siempre es brutal para medir la dignidad de íntimos sacrificios, la pudicia de actitudes y situaciones indecibles.

En su pena de humildad y de dolorido sentir, siente el Robinson subirle la angustia del llorar contenido, a la garganta.

Ortega, Romanones y el fascismo

Ya el prudente Robinson, con una fe específica suya en Ortega, advertía el peligro de que nuestro filósofo resbala-

se hacia la hornacina fatal de presidente de la República. En efecto: a los pocos días, Romanones le insinuaba el primer voto para esa presidencia. Romanones, no olvidará nunca, agravios hondos y delicados que le infiriese Ortega más de una vez. Pero como buen político, como gran jugador, prefiere echar la clásica maldición sibilina a todo neófito en el juego: ¡Ojalá juegues, y ganes! ¡Ojalá seas presidente de la República!

Los discursos de Ortega encuentran gran acogida entre los fascistas.

El *Popolo d'Italia*—fundado por Mussolini y dirigido oficiosamente por su hermano Arnaldo—hallaba óptimo el primer discurso, concomitante de espíritu con la ortodoxia de ellos. El nuncio de Su Santidad, en Madrid, reconocía "simpáticamente" cualidades específicas en Ortega, salvo "la falta de salud". El jesuita Otaño, de San Sebastián, no recató sus adhesiones.

Pensaba escribir una *Catilinaria* sobre Ortega y el fascismo. Sobre la pretensa superación de "fascismo y comunismo" realizada teóricamente por Ortega, con su *Estado fuerte y democracia organizada*. Pero me falta espacio, en este número 2. Debo hablar, todavía de otras cosas. Quédese para mañana, núm. 3.

Tipos y tipismos de la República

EL ENCHUFISTA SIGILOSO

Ya España tenía una larga tradición del enchufista. (Véase la palabra *Enchufe* en mi próxima sección *Curso de español para Extranjeros*.)

El enchufista sigiloso nació con nuestras primeras burocracias. Cuando la Iglesia asumió el reparto de sinecuras, que luego recogería el Estado laico con sus otros curas. La tradición de los *racioneros*, *prebendados*, *canónigos*, *covachueleros*, *credencialistas*, etc., etc., es amplísima en España.

Aunque las Cortes han creído que España es un *pueblo de trabajadores*, lo cierto es que España sigue siendo el pueblo partido en dos: de un lado los que *trabajan sin decirlo*. De otro, los que *lo dicen y no trabajan*. Esto es: de una parte los que sostienen al país con su esfuerzo, y de otra, los que se comen este esfuerzo trasfundiéndolo a su abdomen por el conducto del *enchufe*.

Ahora, estas dos Españas, se han diferenciado con más nitidez que nunca. el obrero y el empresario—de un lado—. A palos con ellos si se paran. De otro lado: el *burócrata*, el *enchufista*, con el látigo de la ley en mano: con la explotación.

La legión del *enchufista* se ha multiplicado ferozmente con el advenimiento de la *legalidad*, con el triunfo del *ciudadano*, del animal de ciudad, único animal político, ya que político viene de *pólis=ciudad*.

Sería precioso—y lo debían hacer nuestros naturalistas en vez de meterse en cosas menos naturales—clasificar esta especie hispana; pincharla con alfileres, estudiar su biología.

Hay una variedad que yo, nuevo Linneo, he calificado de *sigilosa*—verdaderamente impresionante—. Una especie donde se mezcla la babosidad del reptil con la voracidad silenciosa del felino. ¡El *enchufista sigiloso*! Se da en las zonas universitarias y en las zonas abogaciles sobre todo.

El *enchufista sigiloso* no habla, ni escribe, ni se pelea con nadie. No le veréis chillar en Parlamentos ni en periódicos, inocentemente. Habla lo imprescindible y siempre a solas, con quien le

interesa. Poco a poco, su abdomen va erizándose de clavijas, como un cuadro telefónico. Va espeluznándose de enchufes. Sin piedad para nadie. Sin caridad por lo que interrumpe. Sin límite, para la sangre que chupa.

El *Robinson Literario*, se limita hoy a señalar esta variedad hispánica a nuestros naturalistas. Conoce ejemplares concretos. Sin guaridas. Sus señas propias. Pero, por ahora, no quiere esparitar esa caza.

EL MORADO REPUBLICANO

Una pregunta: ¿es el morado el color republicano?

Indudablemente es el morado, ya que el pueblo ha sido lo único que ha recogido—para aceptar o interpretar—de la segunda república española. Pero ya que es el *morado* el color del régimen, por lo menos las clases directoras, los gobernantes, debían haberse preocupado de él. Se han ocupado de naderías como el estampillado, los sellos, las coronas de piedra, y no se han dado cuenta de la trascendencia grande que era "fijar el color de la República".

Yo pensé, en el mes de abril, que surgiría, de un momento a otro, el *fabriante químico de Estado*, que obtuviese "el monopolio del morado". Dando a nuestra república esa fijeza imprescindible que tiene el soviét con su hoz y martillo, o el fascismo con su haz lictorio, o que tenía la monarquía con su escudo.

Pero no. La República ha caído en el *impresionismo* del siglo XIX. En el *color*. Y ha dejado a cada cual que lo interprete.

Así vemos que el *morado* va desde el lila, desde el gris, hasta el azul marino.

De ese modo no habrá manera, nunca, de *crear patriotismo*. El pueblo, la gente, nos equivocaremos siempre al abrir nuestro corazón al emblema nuevo.

Hace pocos días, yendo con un rumano, le vi, de pronto, extremecerse. Acababa de descubrir sus colores nacionales—rojo, gualda y azul—en un estanco. ¡*Rumania, mi patria!*

—Perdone, querido amigo—tuve que contestarle—; *no es su patria, sino la mía*.

Además, esta fluctuabilidad del color republicano—del gris al azul—puede interpretarse como una escala de discrepancias, de matices, de heterodoxias, dentro del bloque total del régimen.

Yo creo que ese *morado* arlequinesco y sin fijeza va a hacer "pasar las moradas" a nuestra República, con quien ya va encariñándose uno.

LA GORRA DE LOS GUARDIAS

Comprendo la "idea de principio" que supone quitar a la *fuerza pública* su casco de régimen duro, y plantarle en la cabeza el emblema de los *débiles públicos*, de los "trabajadores": la gorra.

Pero como resulta que esa *idea* aplicada a la cabeza de los guardias les hace mucho daño, porque les quita dureza y les aumenta chichones, comprendo, también, por qué los guardias, sin ideas, se echen las manos a su cabeza y añoren los tiempos en que el *fuerte* y el *débil* confundían menos sus papeles: es decir, las abolladuras craneanas.

Como me decía un guardia hace poco, hablando del oficio que daría a su chico.

—¡A mi hijo le hago *huelguista*, *vaya*, que si le hago! ¡Eso es *pegar* y no uno!

El Robinson Literario de España

es un libro de muchas páginas

Todas legibles

Leedlas

ROBINSON Y EL CINEMA

¿Qué es cinema educativo?

Se ha intentado varias veces, y por técnicos reconocidos, encuadrar en una breve definición lo que sea el "film educativo".

Quizá la más acertada haya sido la de Mr. Jules Destrée, al conceptuar la película educativa como aquella que, excluyendo todo propósito lucrativo, puede ser utilizada como complemento de una enseñanza cualquiera.

Siendo bastante genérica y pura esta definición no es totalizadora.

A mi entender habría que clasificar el film en sus relaciones con la cultura humana en tres estadios pedagógicos: 1.º Film instructivo. 2.º Film educativo. 3.º Film cultural.

El film instructivo es aquel dirigido exclusivamente a un medio que pudiera llamarse técnico (grupos escolares, grupos operarios, etc.). El film educativo sería aquel que persiguiese un fin superior al simple de acumular conocimientos en quien no los tiene, esto es, dirigir su vocación y su interés vital: educándolos. En cuanto al film cultural será aquel que aborde grandes masas humanas en espectáculos gratuitos o comerciales, aportando a tales masas un complemento específico de ilustración, de cultivo, de nueva visión de las cosas del mundo.

Según esto: film instructivo sería para mí, por ejemplo, el de "Palancas" de la Cinemateca de Eatsman Kodak. Film educativo "Fenomeni di Cristallizzazione", de la Luce. Film cultural, "Byrd en el Polo Sur", de la Paramount, o un simple Noticiario de cualquier Casa.

Por eso yo ensancho el campo definitivo de Jules Destrée y aun el legalmente admitido por la Sociedad de Naciones, según propuesta del Congreso celebrado en Argel del 13 al 23 de abril de 1930 sobre la actividad internacional del Cinema educativo. Según Destrée y la Sociedad de Naciones lo "educativo" debe permanecer adscrito a finalidades no lucrativas, no comerciales, a grupos de carácter pedagógico, estatal, y de ningún modo industrial. Tal restricción—exacta tal vez para el film instructivo y el film educativo—no sirve para todas aquellas películas que poseyendo carácter comercial y público, llevan en sí un porcentaje a veces importantísimo de cultura, de educación popular y humana.

En rigor podría afirmarse de todo film, como afirmaba Cervantes de todo libro (que por malo que fuere siempre tenía algo bueno), que todo film, aun el más escandalosamente comercial y vulgar, lleva gérmenes de cultura, de enseñanza. ¿Acaso no es cultura mostrar—en un film de bandidos de Chicago—las calles y la vida norteamericana, rascacielos, tiendas, servicios públicos, sistemas de comunicación, etc., etc?

Si no fuera una paradoja peligrosa, yo llegaría a decir que es en esos films de grandes aventuras, en los films antieducativos, donde las masas humanas obtienen mayor porcentaje de educación. Porque los documentos educativos van injertos en envolturas tales de emotividad que hace facilísima su deglución. Eso lo ha comprendido fundamentalmente un país: Rusia. El éxito del film ruso consiste en obedecer todo él a una temática política, a una dogmática pedagógica, utilizando los medios más dinámicos y recreativos de proyección.

En menor escala es lo que significan los Noticiarios. Norteamérica, Italia y otros países, han hecho del Noticiario un film comercial, sí, pero de pedagogía y propaganda nacional. Con fines educativos.

Por tanto, aun cuando las designaciones de instructivo, educativo y cultural no sean rigurosas, vale la pena de admitirlas provisionalmente para distinguir tres estadios de educación, desde la más técnica y estricta hasta la más emotiva y vagorosa.

Tal distinción vale, por lo pronto, para llamar la atención de los empresarios, y del mundo negociante del cine—así como de la política general de los países—sobre lo que el cine tiene en su totalidad de cultural.

Sin temor a exageración alguna puede afirmarse que todo el cine es cultura, toda película instrumento de cultura. Si no lo fuese, no existiría la censura internacional.

Uno de los postulados fundamentales del Cine Educativo en España había de ser el problema de la censura, labor eminentemente educativa, realizada hasta ahora entre nosotros por los más mecánicos e inconscientes agentes de la educación pública: los policías.

Otro de los postulados: que no caiga en manos de pedagogos profesionales. Son peores que los policías.

Ahora bien: reconociendo el principio de que todo film es en último—o primer término—educativo, se habrá reconocido algo justísimo. Pero abrumador para la tarea de las clasificaciones.

Ya que hemos ayudado a definir lo que el cine educativo sea, en general, importa ahora delimitarlo metódicamente, para aplicarlo en sus modalidades más prácticas y urgentes por nuestros países hispanoamericanos.

¡Difícil una clasificación completa de los films esencialmente educativos!

Es un problema ese que no sólo no lo hemos resuelto nosotros (en nuestro Comité Español de Cinema Educativo) ni siquiera el Instituto Internacional de la Sociedad de Naciones!

Recientemente el Dr. Hanauer propuso la clasificación decimal con grandes visos de aceptación.

No es este el lugar oportuno de discutir los sistemas clasificativos.

Lo importante es señalar los grandes grupos orientadores en que puedan distribuirse los films educativos, sus campos de desarrollo. Tales grandes zonas son éstas:

Desde el punto de vista de los espectadores:

I. Cinema escolar. II. Cinema científico. III. Cinema social. O sea el cinema de masas (pueriles, "escolar" y proletarias "social"). Y el cinema de minorías (cine "científico" o puramente cultural).

Desde el punto de vista del contenido o materia, la clasificación es más compleja y extensa.

Pero pueden señalarse los siguientes compartimentos: I. Geografía. II. Historia y Arte. III. Ciencias. IV. Agricultura. V. Industria. VI. Higiene y Medicina. VII. Deportes y juegos. VIII. Documentaciones varias.

Naturalmente cada uno de estos amplísimos compartimentos hay que subdividirlo hasta el pormenor. Así en el apartado Ciencias hay que describir: Astronomía, Bacteriología, Botánica, Química, Física, Zoología, etc., etcétera.

NOTICIA DE INTERES

La señora de Lorenzo Luzuriaga, nuestro nuevo consejero de Instrucción pública, ha sido designada por las Misiones pedagógicas de la República para ocuparse del Cine Educativo.

Celebramos que esta dama amiga, tan trabajadora, heroica madre de varios hi-

jos, pretenda llevar su misión materna por todos los pueblos españoles, sedientos de cultura.

¡Músculos se necesitan para ese camino! Y dinero. Pero la fe y el vasto conocimiento del tecnicismo cinematográfico creemos que lo superarán todo en esa magnífica y desinteresada dama amiga.

Ya el Robinson la seguirá idealmente y se acercará, atento a sus trabajos, en las ocasiones oportunas.

¿Un fraillazo? ¡Ojo Heliófilo!

El amigo Benjamín Jarnés se denuncia lo mismo que se denunciaba Ramiro de Maeztu y Julio Cebador. Excomulgando a la gente sin decir el nombre del pecador. Diciendo sólo el pecado. Agrediendo oscura y casuísticamente. Bajando los ojos, frotándose suavemente las manos. Con sistema de fraillazo—que diría el gran Heliófilo. (Heliófilo va un día a descubrirle esos hábitos, y adiós colaboración en el laico "Crisol".)

Maeztu fué escritor antes que fraile. Pero Jarnés—como Cebador—fué fraile antes que demonio.

Varias veces ha sentido el pobre Robinson las excomuniones solapadas del Padre Benjamín, del amigo Jarnés. Cuando el Robinson vivía en sociedad—esto es, no era Robinson—se calló siempre esos malos tratos jesuitas del admirado amigo. Pero ahora que vive sobre la peña salvaje, no puede permitir máscaras de ninguna clase, flechas envenenadas de ningún misionero. Así sean de queridos, admirados amigos, laicos o fraillunos.

Con el pretexto de citar a Ortega y Gasset—que es el santo que le paga las misas y al que siempre será poco rezarle un padre—nuestro diario—, el amigo Jarnés sermoniza al Robinson. A un Robinson genérico, claro está. Pues precisamente en andarse por las nubes consiste el sistema del fraillazo. Y hasta le echa en cara no haber superado a Cervantes, o a James Joyce, en vez de dedicarse a escribir estas cosas tan sin trascendencia que escribe el bendito (el maldito) Robinson literario.

El Robinson literario no aspira ni a los cielos ni a la Academia, ni siquiera a ser Racionero de por vida en un Cabildo determinado. Conoce su triste y pobre destino de pecador y no desea otra cosa que remediar sus faltas con las virtudes de los otros.

Para el Robinson literario sería una felicidad ver que su amigo Jarnés—quemando definitivamente los hábitos de fraile—supiera un día con obras que sean amores, si no al autor del Quijote o del Ulises, por lo menos al autor del Robinson, a aquel humorista fantástico cuyo nombre y cuya sorna creo recuerda ya sin duda.

En la república actual de las letras urge más que en la calle la quema de conventículos y la purificación por el fuego de los hábitos nefandos: de las sotanas prohibidas.

Los augures del otro Pacto

Antes del Pacto de San Sebastián existió el Pacto de las Ramblas. ¿Os acordáis todavía?

De aquel Pacto—aún más oscuro que el otro—sólo quedaron en claro, además del fracaso, estos dos vaticinios gemelos, uno ya cumplido:

La República no la traerán los republicanos, sino los monárquicos—auguró Cambó.

La República no la asesinarán los monárquicos, sino los republicanos—acaba de augurar Alba, recordando a Thiers.

Antología robinsoniana

De un individualismo cada vez más exaltado no nacen más que soledades. Ahora no se detestan ya entre sí los artistas de igual criterio, los hombres que comparten la misma soledad, la misma celda, que explotan la misma parcela de excavaciones. Esto hace que nuestro peor enemigo sea el único capaz de comprendernos a fondo y viceversa.

(Cocteau.)

Cuando el adversario exagera nuestras fuerzas, nuestros designios, nuestra profundidad; cuando para excitar contra nosotros nos pinta bajo colores odiosos, trabaja por nosotros.

(Paul Valéry.)

CHANDLER NICHOLAS

Bañándome cada mañana, afeitándome.

Vistiéndome después, Pero nadie en la vida para alegrarse Con mi trabajada apariencia.

Caminando cada día, respirando hondo En pro de mi salud,

Pero la vitalidad, ¿de qué me sirvió? Adelantando cada día la mente

Con meditación y lectura, Pero nadie con quien canjear sabidurías.

No era un ágora, no era un banco de liquidación.

Para lo intelectual, Spoon River.

Buscando, pero no buscado de nadie: Maduro, afable, utilizable, pero no utilizado.

Encarcelado aquí en Spoon River, Menospreciado por los buitres mi hijo,

Devorándose solo.

Edgar Lee Marters.

(Versión de J. L. B.)

Cazando revistas nuevas

The New Review

En el hotel de las Acacias, de París, me vino a imitar Samuel Putnam. Yo ya estaba en relación con él desde antes.

Quiso inaugurar su gran revista internacional The New Review con un ensayo mío.

Samuel Putnam es el americano que robinsoniza París con su silencio y con su fe en París. Se apostó en París como en puesto de matar perdiceros de poesía.

Lleva logrados tres números de su revista a fuerza de portadas austeras y de bacanal interna. Se diría de esta revista que tiene la hipocresía de la ley seca. Por fuera, un frasco de medicina. Por dentro, alcohol de todos los grados y perfumes.

Este número 3 posee un ensayo de Unamuno sobre cómo se escribe una novela.

Ya transcribiré alguna vez las fotos magníficas que intercala como música de dancing Samuel Putnam entre sus barmacopeas.

PORZA

Hace pocos días, el caso de un escritor italiano, Piccoli, que había vivido unos días en la abadía de Silos, me hacía recordar a Rubén en Mallorca y a tantos escritores que vivieron o desearon vivir horas de su vida en reclusiones especiales, monásticas, singulares, robinsonianas.

Justamente hoy recibo una larga carta—acompañada de documentos—del Presidente de Porza en Berlín. O sea de una Asociación internacional encargada de velar por el reposo de los intelectuales en el mundo.

Se me ruega—que con Pedro Salinas y Marichalar y otros miembros que designe—me ponga a la tarea de crear estos reposaderos españoles. Prometo ocuparme de ello.

Porza edita una revista, cuyos números 3-4 reunidos se consagran a la vida infantil en poesía y dibujo. Pedro Salinas hubiera podido decir algo en esos números. Algo de interés vivo, con su poesía paternal, que hace a sus propios hijos interesarse por la poesía.

Baste hoy este soplo en el cuerno de caza, para advertir mi encuentro con la pieza.

Robinsones y libros robinsones

Robinson sublime: Nietzsche.

Tenia ganas de leer el ensayo de Stefan Zweig sobre Nietzsche. He cumplido este deseo, tan justificado. Mucho más que la figura de Soren Kierkegaard—aparece la de Nietzsche, bajo la pluma mágica de Zweig—como la del héroe máximo de Soledad. Se termina de leer esta historia psicológica de Nietzsche, con defalecimiento y con asfixia moral, como si se hubiese ascendido a una altitud donde el aire es ya inapto para el pulmón humano.

Nietzsche, en 1888, pocos años antes de influir decisivamente en la Europa nueva, en medio siglo de historia humana, de llegar hasta Monóvar y hasta la panadería de Baroja; en plena Alemania, plétora de cultura, de pedantería y de filosofía, no logró encontrar editor para sus últimos libros, que nadie quería ni entendía; imprimiéndolos él por su cuenta propia en tiradas irrisorias de los que regalaba hasta siete ejemplares. ¡Qué soledad la soledad de Nietzsche! ¡Qué poema infinito el de su vida, poema que estalla como un fenómeno cósmico, en la nada de la locura! ¡Qué derroche de fuerzas, qué disipación de toda una salud robórea almacenada por generaciones de pastores nórdicos! Don Juan del Conocimiento, le llama Zweig. Cierta. En sus aventuras ideales renace el alma de Don Juan español sobre la carne de mujer. Nietzsche hasta en ese renacimiento del tema de Don Juan prelude a Europa—con veinticinco años de distancia. ¡La preludia en tanto! La guerra. Los caudillos de masas. La pasión de la sinceridad. El descubrimiento del Sur, de las tierras de sol, como productoras de nueva cultura. ¡Nietzsche, Nietzsche! Hace pocos meses visité un día la Engadina, tus montañas alpinas, el corazón de tu soledad. Hace poco, también, pasé tus paseos queridos de Niza, de Génova. Y ahora—desde mi retiro y a solas—te recibo conducido por el Crítico Zweig. Pasemos en silencio, sin decir a nadie nada. Yo te daré, Nietzsche, las últimas noticias de tus confirmaciones.

Dámaso Alonso, el robinson de Góngora.

En el tomo XVIII, cuaderno primero, de la *Revista de Filología*—o sea en el último número—, publica Dámaso Alonso una nota bibliográfica sobre el *Vocabulario de las obras de don Luis de Góngora*, obra premiada en público certamen por la Academia Española a sus expensas, y que tiene por autor al señor Alemany Sella.

Me he leído las dieciséis planas de esta Nota, que constituye más que una nota, un *Opúsculo*, y donde el lirismo innato de Dámaso Alonso encuentra su forma más apropiada—y por tanto—rauda de inspiración, de pasión.

Parece mentira que la erudición más estricta y difícil—como es ésta del gongorismo—pueda adquirir tonos románticos y poéticos en manos maestras como las de Dámaso. Me he alegrado mucho saber de Dámaso Alonso. De poco tiempo a esta parte, la amistad vaga y admiradora que tenía por él se me ha consolidado en algo neto y ya seguro.

Yo conocí a Dámaso en una época absurda. Durante el servicio militar. Recuerdo que estaba dispuesto—cuando nos movilizaron a África—a dar no sé cuántos miles de duros por desistir de la cruzada. Un amigo de los dos, un abogado algo fantástico, me comunicaba en secreto que Dámaso hacía versos y recitaba a Rubén Darío en voz alta.

Después se fué a Alemania, y por esos mundos. Adquiriendo ese tono snob y burlesco de los fortificantes sarampones europeos. Tenía una tendencia nerviosista y exaltada que a mí me parecía falsa y me hacía desdeñarle algo. Supe últimamente que estaba enfermo, con fiebres menudeadas y que llevaba una vida concentrada y singular, ya casado.

Una tarde me lo encontré. Tarde aun no lejana. Me agredió con su pasión habitual, ya que es un espíritu que saluda siempre agrediendo: cosa siempre grata y saludable.

Me reprochó el haber dado valoración al título "Nueva España", de Espina y Díaz Fernández, en un artículo mío de esta Gaceta. Como guerrero implacable, no toleraba justicia alguna, ni aun esa de reconocer que la nueva España había resultado como el periódico predecesor.

Ahora esta nota suya en la *Revista de Filosofía* embistiendo como un pura raza, los dislates de Alemany junior sobre Góngora—me le hace ver en su esencia, en su genuinidad, a este apasionado que ha sabido ligar la agudeza crítica a una intransigencia heroica de fanático.

Salud, querido Dámaso, robinson magnífico de Góngora. Toma, a bocanadas, la salud que te mando en este saludo.

El Madrid de Ramón.

Ramón pare por mellizos. Su libro *Isomos*. Su libro *Elucidario de Madrid*. No hablemos hoy de *Isomos*. El Robinson quiere sólo apuntar de pasada lo que significa su *Elucidario*. Ramón sintetiza en ese libro sobre Madrid a Larra y a Mesonero. Madrid no tenía poetas definidos, sino ocasionales. Galdós no fué un madrileño. Larra es un Barrojo romántico del verdadero romanticismo. El mismo Mesonero parece un señor que viene del pueblo. Don Ramón de la Cruz es un pintor de abanicos. Ramón centra por vez primera la poesía y descripción de Madrid. No es sarcástico como Larra, ni menudista como Mesonero. De inclinarse a cualquiera de los dos, se diría que lo hace a este último. En Ramón hay una confluencia pacífica, suavemente burguesa, epicúrea y sedante de la vida, un "patriotismo de Madrid", que contrarresta sus flechas de arquero prehistórico, pristino, de la literatura.

Recuerdo que en sus *Medios seres* recordaba más que a un Cocteau, o a un Apollinaire, o a un Ramón Gómez de la Serna—a un Moreto, a un Benavente, a un ingenioso ingenio de costumbres y tipos de la corte.

El Madrid de Ramón será un libro imprescindible para Madrid.

Yo sé que me ha valido, por lo pronto, y entre otras cosas más importantes, para perfilar y rellenar de pormenores, el guión de un *Madrid* sonoro, que yo haría en film, si alguien se ocupara en la República española de Madrid, de dignificar y potenciar Madrid, de hacer por Madrid algo más que un apadero de la Mancha.

Un robinson catalán del humorismo.

En este libro de Carles Sindreu Pone—titulado así: *La claxon i el camí*, hay un retrato que el autor llama, humorista, de Ramón: "Un diestro ideal per a torejar 6 braus, 6, en una *Corrida goyesca*." Está incluido este libro en una colección humorista catalana. Denota talento y agudeza, y acierto en todo, menos en el humorismo. Creo que el humorismo es algo que no va bien al catalán. Tiene el catalán dobleces trágicos, apasionados, irónicos. Pero le falta siempre un no sé qué para que esas dobleces terminen en gracia: en voluta inane e inocua.

El mismo Bagaria—que ha sido un caso de gracia en sus buenos tiempos, o sea, antes de la República—tenía siempre en sus caricaturas una punta que pinchaba, algo que hacía daño y producía amargor.

Nota en el libro de Sindreu algunas de tales durezas o callosidades para considerarle dentro de la vena humorista. En cambio, le advierto lirismo, le advierto pasión: posibilidades de escritor catalán en ascendencia.

José Francisco Pastor, joven robinson nuevo.

¿Cómo te conocí—nos conocimos—dime, José Francisco Pastor? Creo que fué en medio de la calle, del mar, del desierto, de la calle Alcalá, que es como no conocerse en ninguna parte y conocerse en todas.

Pastor desde el primer momento me pareció demasiado escurridizo y nervioso para ir a gusto en el traje desmesurado que portaba. Le sobraban mangas, pantalones, cuello de chaqueta, como los sobraban paños a los monjes en sus hábitos habituales. Pastor se vestía sin medidas. Desmesuradamente. Fué una circunstancia que me le hizo aceptar en el acto como amigo. Yo doy mucha importancia a la indumentaria, como se la dan los biólogos a las zonas envolventes, dermaticas, inertes, de los seres vivos. En plena calle Alcalá, donde el provinciano perifolla y perfila hasta el empujamiento su sentido de vestirse perfiladamente, no plació ver a este valenciano, revisando las tablas de valores de los sastres españoles. Y sin pedantería. Sin esa odiosidad de los españoles que se compran trajes hechos o se

los hacen puritanamente—como hace el tipo medio europeo.

Se veía en Pastor uno que había nacido en el Mediterráneo para no llevar chaqueta ni pantalones tubulados. Para ir en mangas de camisa, con haldas de guerrero, de orador antiguo, de fraile medievado.

He hablado poco con Pastor. Mi conversación más larga fué un verano, en la cocina apagada de mi casa, en mangas de camisa, buscando como nuestros místicos—además del fresco—al Dios de la Gracia, entre los cacharros utensiliarios de todos los días.

Desaparecido el sentido divino del fuego, de los lares, del dios doméstico, del hogar—por culpa de los radiadores—, me place charlar con mis mejores amigos en la cocina de mi casa. (Como me place escribir sobre la mesa de comer todos, y no sobre mi mesa de escribir, ya que mi escribir nos da en gran parte a todos los de la casa para comer.)

Después, mis relaciones con Pastor han sido epistolares y telepáticas.

Descubrí en él lo que nadie se había tomado aún la molestia de descubrirle: un fuego central de místico. Una voracidad sangrienta y magnífica de cultura. Un torbellino de ideas y discursos, que—al precipitarse un día en el fondo de la copa—daría un mineral exquisito de precio.

Me consta que causaron sensación sus ensayos en esta Gaceta bajo la rúbrica que le ofrecí. Me consta que se ganó con aquella rúbrica las primeras imprescindibles hostilidades de los mediocres, de los pedantes, que lo son precisamente por ignorar que lo son.

Desde entonces nos tributamos mutuamente un cordial respeto que resulta puro a través de las distancias continentales que separan nuestras manos. Pasamos largos tiempos sin intercomunicarnos. Un día, un mes—recibo carta larga y nerviosa de Pastor, carta que no contesto—pues yo necesito estar en trance para responder a las cartas, aun a las más insignificantes, prefiriendo pasar por olvidadizo y desviado.

Américo Castro llegó a tener verdadera obsesión indignada por este gran Pastor. Con esa indignación buena de Américo, que es la del conductor que se le descarría el ganado, la del padre cuyos hijos le salen gallos y ranas.

Pastor estuvo en Estrasburgo después que yo. (Ese es otro enlace secreto de nuestra neta amistad.)

Parece ser que se moría de hambre. Cosa de que me morí yo también en Estrasburgo.

Pastor se gastaba lo que ganaba—nunca mucho—en libros y en mujeres. Le echaban de comer los profesores como a los regios mendigos españoles, a quienes se debe todo y no necesitan dar las gracias. Y lo que fué peor—este muchacho, profesor de la Universidad francesa—, se dedicó a abominar de los franceses después de comerlos.

Comprendí el grito en el cielo del gran Américo. Pero comprendí el cielo magnífico de aquella actitud irresponsable de Pastor. Le aguré un gran porvenir vital.

En efecto, se marchó con los alemanes, se entusiasmó con la política italiana, y abrazó a una rusa en delirio. Su cuerpo flaco parecería un violín en astillas.

Se le veía saltar por las ideas, las corrientes intelectuales, las pasiones, las lecturas, las tesis políticas y la carne de mujer—como el equilibrista de Nietzsche, a riesgo de estrellarse contra las estrellas del vacío.

Su última carta—de estos días—acompañaba a un soberbio libro publicado directamente en alemán por la Neuer Breslauer Verlag, y titulado *Welt Anschauung und geistige Leben in Spanien*.

La carta me habla de que su última tendencia es la economía, los problemas concretos del mundo. (Américo Castro, los profesores de Universidad y los amigos, daremos un suspiro de satisfacción al verle preocupado por lo económico.)

El libro que me envía es valiente e impertinente. Esta ojeada universal sobre la vida espiritual de España es de lo más reconfortante y bravo que se ha escrito últimamente, sin perderse demasiado en ginebrismos a lo Madariaga, a quien Pastor admira.

Pero más que este libro me gusta el inédito que tengo compuesto y ajustado en los cuadernos de LA GACETA LITERARIA, titulado *Mitos y Héroes*. Pero éste, así como otro cuaderno de Ledesma Ramos, no hay modo

de hacerlos parir a la querida Ciap.

Bueno, Pastor. Hoy no escribo más sobre ti: Hasta otro momento.

Miradas robinsonicas de Paul Valéry.

¿Robinsonicas? Hay robinsones con espaldas a la cadera, con rostro de mojaná y con un temblor de brisa marina sobre las vísceras. Paul Valéry, *regards sur le monde actuel*. Miradas desde su cementerio marino, que cementerio marino es toda la isla robinsonica.

Paul Valéry es el alma de la producción el límite. No en serie, sino en serio. Demasiado en serio para considerarle horas serie, a veces.

A mí no me gustan—perdón, amigo Casou—estos ojos valerianos sobre el mundo actual. Recopilación y suma de materiales sueltos. ¿Es Paul Valéry un periodista poético? ¿Es un sociólogo de tercera plana lírica? ¿Es un lírico que se pone cabizbajo de pronto? ¿Tiene derecho un lírico a meterse literariamente en la prosa política y a discernir sobre el progreso? Yo no me imagino a un Juan Ramón comentando la gran guerra o la guerra de Marruecos. Como no me imagino a Kant escribiendo sonetos.

Paul Valéry es, por lo demás, un arquetipo, el arquetipo actual del escritor francés.

Fino, espiritual, un poco pensador, un mucho académico, donde pone el dedo está la llaga de la moda, del sentir. Paul Valéry es el *hombre universal de Francia*, que es un francés hecho para el universo que no es francés. Un universo donde, claro está, no entra todo el universo. Entra Portugal, Alemania, Argentina, Rumania, Barcelona y algunas otras zonas de la Exposición colonial de París.

Las palmeras en la isla de Palamas.

Palamas es un poeta nacional griego. Ya lo sabéis por Unamuno, quien le lee y le comenta directamente. Ya lo sabéis por Eugenio d'Ors, que le conoce personalmente. Y ahora lo sabéis por mí, que no le leo ni le conozco. Pero que frecuento, conozco y leo a su hia Nausica, mi Ariadna de Atenas, mi sirena del laberinto ateniense, en días otoñales ya pasados.

Ahora Nausica me envía un breve estudio delicioso de Leandros K. Palamas, sobre Kostas Palamas. (*A study on the Palm-tree of Kostas Palamas*. Translated into English by Theodore Ph. Stephanides and George C. Katsimbalis.)

Antes de conocer a Nausica Palamas y de mecer los ojos en palmas griegas, yo tuve, sin ser Palamas, la pasión de la palmera. Llegué a cantarla, pero no como Palamas.

O Palm, a secret hand has cast us here to
[grow]
Was it a hand, commanded by a cursed lot
Or by a mind of good intention? Who doth
[know]
And from a sleep profound, beneath the
[earth forgot]
What force did seize and thrust us to the
[sunbeams' glow]
Of a destroyer Kas't or saviour begot
That in thy shade did bid us stand with
[bated breath]
Thy shade, is it of life, O Palm-tree, or of
[death]

Llegué yo a cantarla en mi soledad africana, como aquel poeta de Córdoba jilifiana.

Yo me acercaba en las noches ceñties a esas palmeras clausas en huertos privados bajo el cielo de estrellas. Todo el sollozo de mi reclusión me parecía expresármelo la palmera. Mi sexualidad excitada. Mi vago ansia de liberación hacia zonas estelares. Mi soledad casi adolescente, vertical.

Veía ascender la palmera por el tórax del huerto como un sollozo mío. Para romper en lo alto en la eclosión de sus palmas.

Gracias, Nausica, por este recuerdo—cristalino y excitado—de mí mismo, joven, soldado y sin amor.

EL ROBINSON LITERARIO DE ESPAÑA

CONSTITUYE LAS LETRAS DE
ESTA REPUBLICA DE LAS LETRAS
CONSTITUYE SU ESPEJO DE AGUA SALINA
CONSTITUYE SU JUEZ DE PAZ
UN DIA CONSTITUIRA SU BIBLIOTECA

Fortuna del Robinsón



El Robinsón Literario ha girado la rueda de su fortuna y ha sacado muy buenos números. Algunos de estos números se los voy a enseñar a ustedes, sin rubor alguno, como si en vez del Robinsón esos números hablasen de la luna.

JUAN RAMON JIMENEZ

Juan Ramón Jiménez ha sorprendido al Robinsón con ese retrato de héroe español, retrato estupefaciente, generoso, insospechable y agradecidísimo; magnífico. Gracias, gracias, gracias. Las tres gracias para Juan Ramón.

“Escurridizo, tirante, ubicuo este madrilero futuro, fotografiado siempre desde sitio atrevido; perfil y frente a un tiempo, con vagos lentes equilibrados, no se sabe en qué arista o qué plano; práctico efectista del segundo cubismo superponedor. Subido y raro, subrealista y romántico, evadiente y en su lugar, “Gecé”, estático ante uno, explosivo ante sí, dentro de sí, alrededor de sí, se dispara sentido. ¡Ahí va! ¿Corren los perros, los ratones, los gatos de la biblioteca? El se ríe bonachón de cejas, compadre: “¡Vamos, que estoy aquí, señores!”

Pasa sin vez, con aire de radiograma verde, ante nuestro pie; en su “moto”, en su estribo, en su techo; con trinchera, pana negra, piqué de chaleco y botín, bufanda gris, gorra a cuadros, blusa azul, smoking, botas de montar, uniforme si es preciso. En los bolsillos, alambre, alcohol sólido, cristales, pez, ladrillo, tiza, clichés. Y cada minuto, puerta distinta, con un papel distinto, en una postura distinta, en un papel distinto, colorado, negro, amarillo. Casi sin ojos en los invisibles vagos lentes, ojos de daguerrotipo perdido.

¿O dónde se olvida los ojos, y los vemos y nos ven de allí? ¿En qué limpiabotas se los dejó caer, gotas de estaño; en qué relojería se los dejó, sin pupila, a componer?

Espero ver una aurora lisa, que le han creído al Robinsón de hoy una chimenea, una escalera de incendio en la cabeza, dos ruedas en los costados; que es aislado edificio nuevo trasladable, reciente artefacto agudo de un barrio diferente. Los ejes ya los lleva atravesados. El corazón, pulmón, bazo (puesto que se dan esas chispas violetas de contacto en sus botones aparentemente neutros, que se le salen esos chanchanes de platillos por los oídos, por los bolsillos, por las bocaninas), debe ya tenerlos como una entrañable dinamo, esperanzada en el sótano, a la luz alta, ansiosa de la calle sol y verde.”

NICOLAS M. DE URGOITI

“Es usted realmente formidable y un caso excepcional en la literatura española, y, sobre todo, en el periodismo. Su vocación, que no es dudosa, le llevará muy lejos si sabe encauzarla, lo cual llegará a su tiempo.”

(De una carta, en propósito.)

EUGENIO MONTES

“Alguna vez he intentado extraer moralidad de lo que le aconteció a Emilio García Gómez—ese Mozart de las guzlas islámicas, ese Evaristo Gaulois del álgebra lírica sarracena—en el curso de sus trabajos y sus días escurialenses. Iba, bajo el signo de la media luna y un cielo de algarabía, el joven investigador a agarrar por los dos cuernos la leyenda musulmana de “Dulcarnain”, la fortuna de aquel a quien los árabes llamaban Alejandro “el Bifronte”, por reunir en su testa universal y aristotélica la frente de Oriente y la frente occidental. Y he aquí que otra leyenda le sale al paso y otro mito se ofrece a él. El mozo griego se le escapa hacia Indias de lejanía y olvido, y en vez de los cuernos continentales del hijo de Filipo, García Gómez topa con Robinsón, hijo de la soledad.

La mirada del vigilante lo descubre escondiendo su piel agarena bajo una prosa en forma de chilaba, y el historiador, que iba por lana, vuelve con vello. El partido para atrapar la imagen alejandrina—que es símbolo de civilización e imperio—regresa con la más antigua imagen adámica, la de Robinsón, el huído, el fuera de ley. Desde entonces nadie puede dudar de que Robinsón ha nacido en España y son españolas las aguas originales de esa isla romántica.

“Pero ¿quiere esto decir que lo hispánico sea el robinsonismo? ¿Significa la anécdota que el español no puede encontrar compañía porque su esencia está hecha de abandonos y reconocimientos, de “ley de fugas” y anarquismo, de muerte de sociabilidad y resurrección de individualidad hirsuta?”

No, no es el robinsonismo lo último que se encuentra en lo hispánico. No es lo desolado ni lo aislado lo que constituye el fondo de la historia de España y la historia de cada español. España se ensimisma y se enajena, deserta de las filas y crea compañías, se rebela y se disciplina—ascéticamente—, se entrega al yermo y funda órdenes, se mete en la noche oscura del alma y sube por una escalera—la escalera del entendimiento que imaginaba Sabunde—a claridades de alba celeste y de mediodía civil.

Las raíces de que se nutre Robinsón son raíces del paraíso perdido—alimento de nostalgias—, raíces hebreas de la Biblia y del protestantismo evangélico. Pero las raíces hispánicas vienen del apetito imperial, de catolicidad de tierra firme, amamantada con leche de loba romana. Son la loba y el toro los totens de la “gens” hispánica. Sangre de legión y sangre de toro.

España ha querido siempre dominar corneando el aire. Pero para un pueblo de bronce, cuya piel es piel taurina, el robinsonismo puede ser burladero y refugio. Como el estoicismo. Séneca, “torero de la virtud”, maestro en el arte de eludir, por fracasado en el arte de matar—de morir matando, recibiendo—. Gracián, torero con ganas y sin valor, defendiéndose con agudeza y arte de ingenio cuando escarmienta de la suerte sin suerte de poder a poder. Gracián, jesuita y solitario, un día en el acantilado robinsoniano y otro en la Compañía de Jesús. En el acantilado de Robinsón vemos ahora a Giménez Caballero, exaltador de la taurinidad española, cantor de “Los toros, las castañuelas y la Virgen”, ayer aún espada en la cuadrilla de la nueva generación.

A esa generación de la literatura última la ve Giménez cosechando aplausos, recogiendo prendas, saliendo en hombros de la democracia republicana. Y nosotros lo vemos a él, alejándose, con la espada en las manos, para clavársela, con otras seis, en su cuerpo de Virgen de los Dolores de la incompreensión.

Pero ni siquiera en la piragua de esa GACETA se aleja de todo, y, por tanto, de sí mismo. El Robinsón Literario es un espejo de la nécdota artísticopolítica de la España actual. Y es inútil que él quiera persuadirnos de que va a desnudarse y a desnudar ante esos cristales que presenta como hechos añicos. Cuando se es tan camarada como él no es fácil hacer daño a nadie. Cuando se es tan amoroso como él, es imposible hacer daño a nada. Giménez no tira la piedra escondiendo la mano. Enseña la mano y no tira la piedra.

Hace gestos, que son un poco queja y un poco amenaza este gran gesticulador vivacísimo a quien yo quisiera ver, infiel al robinsonismo y fiel a sí, abandonando su barca de navegante solitario para tomar a mi lado un remo en la nave católica en zozobra, donde un día fué España gonfalonera.”

(Todas volveremos en compañía otra vez, amigo “Crito”, que me quieres sacar de la isla, tan razonable y sentimentalmente.)

PEREZ FERRERO

“Gecé”. Iniciales G. G. Seudónimo que lleva en sí un nombre más conocido que la propia divisa literaria. “Gecé” o también nombre o apellidos: El. Giménez Caballero. ¿Pero... por qué Robinsón Literario? Giménez Caballero ha practicado el robinsonismo, como casi todos los escritores lo practican cuando llegan a una cierta madurez en su forma. El escritor aparece, casi siempre en grupos, protegido por banderas. Y luego el escritor va quedándose solo, con esa soledad un poco triste en este panorama español de las letras, pero que define y fija por otra parte la excelencia.

Fuera, sean los que fuesen, de los gritos

políticos que Giménez Caballero haya lanzado, nosotros hemos oído siempre sus gritos literarios. Sus gritos de escritor. De esto que es tan difícil ser, ¿se entiende? De Escritor.

Giménez Caballero, Robinsón Literario, se ha perdido—y ganado—por los países, por las rutas de viajes y por los libros. Ha mirado las tierras y los espíritus de lejos y de cerca y ha aprendido a edificar la soledad de una obra.

La obra de ayer..., cualquiera, cualquier título de uno de sus libros. Su obra de laborador decidido por la difusión de los escritores de España. Su obra de hoy..., ésta. Esta misma que acaba de lograr. Obra de conferenciante y de viajero. Esta de propulsor de lo español por el mundo.

Giménez Caballero viene ahora mismo de ser Robinsón Literario en los países bálticos. Su voz se ha oído allí con atención y sus conferencias con admiración sincera. Lo demás... libros, títulos... Todavía reciente: “Trabalenguas de España”.

Está bien.”

Heraldo, 13-931.

(Está bien (gracias), el Robinsón contigo, caro Ferrero.)

AMERICO CASTRO

He visto en Madrid el nuevo número de LA GACETA LITERARIA, que saca usted adelante con el entusiasmo de siempre. He leído el cariñoso artículo que me ha dedicado.

Me parece que lo de los sefardíes es de lo más seguro y eficaz que usted ha hecho en el terreno internacional; así como el cine podrá ser su gran obra dentro de la política interior. Usted es hombre de procedimientos.

SANTULLANO, EL AMIGO

He leído el número de la cruz a la fecha. Todo muy interesante, intencionado y movido. En cuanto al estilo es usted el verdadero quebrantahuesos del idioma, ya que no hay rigidez verbal ni anquilosamiento lingüístico que se resista a su trituración maleabilizadora.

OBREGON CHOROT

San Sebastián, 30 agosto 1931.

Amigo Ernesto: Hace días—y en un breve viaje que hice a esa—me crucé con usted en la calle del Prado; pero entonces aun no había salido el “Robinsón”. Ahora, que lo he leído atentamente, me permito el felicitarle. Aunque a usted no le importe nada mi persona ni mi sinceridad que jamás se lucró con nada y que le va muy bien siendo fiel a sí misma siempre. Con satisfacción difícil de explicar, por múltiples motivos, celebra su solitaria y afortunada aparición en nuestra decadida literatura (aunque sólo sea a título de bien general), su amigo que le recuerda, Antonio de Obregón.

LAS INICIALES ANONIMAS Y ENEMIGAS

Acabo de beber de un solo y gustoso tragó su Robinsón, y a su generosidad—¿forzada?, pero siempre generosidad—en ofrecernos frutos y paisajes de alivio, mi gratitud salta y quiere estrecharle la mano de enemigo.

De enemigo, sí, aunque desconocido—¿desconocido?, pero de enemigo no que huye, sino que leal.

La soledad que en el mar tiene su adecuado marco—soledad en el útero de la vida—, en la tierra habitada es áspera desesperanza, hosquedad. Robinsón es el solitario—aunque civilizado él—en la Naturaleza: selva, mar, pero el solitario de ciudad es Charlot, mucho más terriblemente trágico.

Pues sí, amigo en la enemistad, hoy aparece usted puro y fiel a sí mismo, como no lo fué nunca; creo que se reconciliarán con usted los mejores de los que se le fueron—público, digo—y que le mirarán con sonrisa cordial los mejores que nunca quisieron estar con usted, con ustedes.

Ahora usted se presenta solo, y por lo tanto se hace responsable, y alguien desde el puerto le saluda con simpatía por lo sincero, por lo valiente, ¿por qué no fué siempre así? ¿Necesitó verse perdido para agarrarse a lo único que no defecciona su grito no falseado por los ecos, a su pensamien-

to en soledad, que resulta ¡oh paradoja! más cordial, más social, más humano.

Me gustará mucho verle solo, irónico burlándose del planchado y pedante descubriendo al farsante su truco, sonriendo al humilde... que de una revista de “policía y limpieza” estamos muy necesitados, y hace falta un látigo manejado con alegría y falta total de resentimiento. Vea si puede...

En fin, me gustará mucho que siga, y creo que podrá verse rodeado de algunos mejores si tiene calma para elegir y se deja de ese afán de manejar masas del que todos ahora necesitamos curarnos un poco. Y ya sabe que hay quienes han nacido para estar en la isla o en la campana neumática y que hay gentes que espantan la soledad sin añadir compañía.

Un saludo cordial de una mano enemiga, S. A.

AMIGO QUE DESCONOZCO, SEÑOR AZCOAGA

Preocupado con usted, y como usted enamorado de toda vibración—sin suponer estas palabras menosprecio—, no puedo permanecer indiferente ante la aparición de su variado Robinsón literario. El sentido actual, nuevo, de esta ojeada a la República de las letras, ha originado en mí una satisfacción significativa, que no quiero dejar.

Gran gesto y de española traza ese de embarcarse solo; una vez más en nuestros semidesiertos hacer el navegante solitario.

Desearia no interpretase la presente como usual apología del lector desconocido, ya que pretendo sea consecuencia lógica de mi acostumbrada franqueza. Su último trabajo, pleno de ágil verdad, me ha parecido, sin duda, la expresión más sólida de su temperamento poco común. (Y sigue en larga carta amabilísima.)

Fernández Cuenca, en La Epoca

El amigo Fernández Cuenca ha dedicado una entera columna al Robinsón. Muchas gracias. Entrechados esos párrafos:

Sólo conozco a Ernesto Caballero a través de su obra literaria y de organizador de empresas culturales. Le leo y me interesa. Y se activa mi simpatía hacia él en la comunidad de devociones: la atracción por las letras nuevas y el amor a los rumbos de tubo de acero, la afición al cine y el sentimiento nacionalista...

Robinsón de un número entero—dieciséis grandes páginas—de LA GACETA LITERARIA, nutrido de texto y de intención. Magnífico “tour de force” de admirable periodista. Todo: las novedades literarias, las entrevistas, la política—en su medida justa—, las semblanzas, los comentarios a la actualidad, el cine, las postales internacionales, el arte y el teatro... Todo está tratado, finalmente visto y sentido, por la pluma multifacética y ágil de Ernesto Giménez Caballero, novísimo y sutil Robinsón en su isla literaria.

Pero Robinsón no estaba solo en la isla. Acompañaba a Robinsón nada menos que toda una tradición cultural inteligente. Y pudo hacer su obra portentosa de creación, de nueva creación, mas bien precisamente por su aislamiento fecundo. Porque en el aislamiento no existe la amenaza dramática de topar con el pelmazo, ese monstruo social que, según la espléndida definición de don Miguel de Unamuno, “nos roba la soledad y no nos da compañía”.

Hay que huir del pelmazo. Hay que sentirse un poco Robinsón en su isla para no ser víctima de la pelmacería, tan peligrosa cuando está adulterada por el intelectualismo. Hay que ir solo, eficazmente solo, como ha ido esta vez Ernesto Giménez Caballero. Y, también como Giménez Caballero, hay que sentir la emoción de España y de ser español.

Una vilanada

Crisol tiene una sección que desdice del tono del periódico; que parece inventada en Coria—Vilanos al aire—por la boba diversión que supone.

De tales vilanadas alguna tocó al Robinsón. Vilanada que se redujo a copiar algún párrafo robinsoniano, con la idea quizá—en el que lo transcribía—de dar alguna sal ajena al bobo conjunto propio. Si, sin duda fué esa la idea. Porque el transcriptor del paisaje se negó, respetuoso, a añadir ningún comentario.

¡La verdad que ha sido grande fortuna, la Fortuna del Robinsón!

Los Anuncios del Robinson



EL AMOR en DOS TIEMPOS
por
ALBERTO INSUA
Tiempo de sol
Tiempo de lluvia

LOS TOROS
en la poesía española
por
J. M. COSSIO

LA BELLA Y LA FIERA
por
B. BLANCO FOMBONA

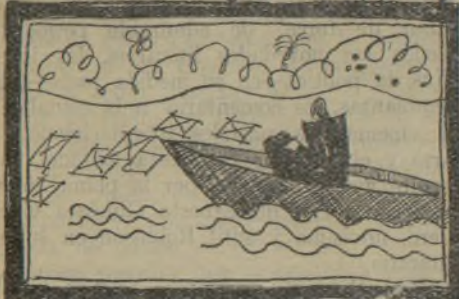
TAM TAM
por
TOMAS BORRAS

LLAMA DE CERA
por
CONCHA ESPINA

MANICOMIO
por
Hernández CATÁ

Si quereis leer estos libros — pedidlos en España en América a la Librería **FE** Gecey

Servicios de estafeta



A JOAQUIN CASALDUERO

Me he leído anoche en la cama—como en lecho de una muerte pacífica que no deso—su Muerte en Ganivet. Me obsesionaba el tema. Por eso lo leí tendido. ¿Qué le parece el libro de Jeschke sobre Ganivet? Conozco bastante a este alemanito de Francfort sobre el Main. Es muy inteligente.

¿Leyó usted los terribles poemas en francés, inéditos, de Ganivet, que me dió su hijo para LA GACETA? Me gustaría hablarle de Ganivet antes de que usted se fuese al Smith College. No he recibido ese libro que me anuncia. Como tampoco recibí aquel ensayo sobre Pittoeff, cosa que usted no creyó, y se incomodó conmigo injusta y cruelmente.

A MANUEL ABRIL, CONSERVADOR ATROZ

Querido Abril, querido Abril! ¿Conque al cabo de dos años me sale usted ahora con su amable disgusto contra mí por... haberseme pasado presentarle a Martín S. Noel en La Galería? ¡Eso se llama conservar atrocemente los disgustos! Un Robinson tiene perdonadas todas las faltas antisociales. Usted siempre ha sido buen cristiano y me perdonará aquella. Su libro humorista de "Biblioteca Nueva" me ha gustado. A pesar del terror que tengo al humorismo especializado, catalogado, embibliotecado, a esa aspirina de la risa, de la que Ruiz Castillo se ha hecho solemne boticario.

A QUIEN ME PREGUNTA POR VAYO

No me molesta, señor Vázquez Ruiz, su pregunta. Me honra como demandadero. Alvarez del Vayo habla del cine soviético en sus dos libros sobre Rusia—publicados por Espasa-Calpe—. En la Casa del libro los podrá usted encontrar. O en cualquier librería. En el último, publicado hace unos dos a ños y pico, tiene un capítulo especial.

A LA AUTORA DE "RAQUEL"

No, señorita Magy, no he recibido su libro Raquel. Le agradezco mucho el envío periódico de Le Bavard de Chez nous.

AL AMIGO FIGUERAS, EN PARIS

Me siento feliz de que usted lo sea como ayudante de René Clair. Tiene usted voluntad y talento. ¡Adelante! Ya llegará ese viaje a Rusia.

El Cineclub, el Cine Educativo, el Congreso—y todo cuanto se refiere a cosas de cine de España—fluctúan ahora entre la impotencia del ambiente y las intrigas de siempre. Ya sé que usted no pertenece a estos queridos amigos. Sino a los verdaderos. ¡Felicidades!

AL CUBANO LINO NOVAS CALVO

¿Se dejó usted aquí—en mi casa— su sombrero? Yo me olvidé el retrato para usted. No lo tengo. Coja el de mi Trábalenguas. Es del uruguayo Barradas.

Su ensayo me gustó con gratitud. Se incluyó en el número del 15 de septiembre. (Magnífico reclamo amable.)

En el número del 15 de octubre irá su "Literatura cubana", ya compuesta. (¿Es su sombrero uno negro?)

A CARLO BOSELLI, SIN "GACETA"

Le aseguro Boselli que su ficha está en el intercambio. Ignoro por qué no recibe siempre LA GACETA. No he visto ese artículo de Ferrarin en L'Italia Letteraria sobre mí. Gracias por su intención de hacer otro.

Envíe lo que guste. Siempre un honrado placer publicárselo.

A LUIS ALBERTO, POR UN LIBRO

No le recuerdo a usted. Y lo siento. Sus Intersticios dejan entrever un poeta y una vocación. Muéstrese otra vez entero. Para que le recuerde siempre personal y poéticamente.

AL HISPANISTA DE FIUME

Dire al editor de Miró—amigo Pillepich—que su ensayo sobre este muerto ilustre, es amplio y eficaz. No se lo publico en LA GACETA porque ya hicimos a Miró un tumbulo íntegro.

Lamento la desaparición de Colombo. La Revista de las Españas (nuestro Colombo) sigue viviendo. Quizá pudiera usted colaborar en ella.

Ya sé que Italia se ocupa más de cualquier literatura que de la española. Viejo achaque que he analizado más de una vez. No crea que España se ocupa mucho más de Italia. Hay gente aquí—la mayoría—que está todavía en la Divina Comedia. En la divina comedia de decir que la ha leído.

A CORREA CALDERON, PERENNE VANGUARDISTA

No sé cómo acompañarle en el dolor por la muerte de su madre. La noticia, tan desagradable, me ha hecho servir nuestras horas bucarestinas, algunas también tristes, ¿las recuerda?

Veó el prospecto rosa de su republicana Vanguardia Gallega, periódico fraternal de Evaristo y Juan Antonio, que me anuncia para el 1.º de octubre. Mándeme esa Vanguardia que auguro más avanzada que la de Barcelona. ¿Van ustedes al galleguismo integral? ¿Al Estatutu, como dirán ahí los lugareños?

Bravo, Correa, perenne vanguardista, de hojas sin caducidad, como el árbol de Minerva.

A GUSTAV AUVO, EN HANNOVER

Mi editor celebrará la pérdida que tuvo de mis libros y que desee comprar otros ejemplares. Mil gracias de los saludos de

Büchheister y Vordemberge. ¿Y Kate Steinitz? ¡Cuánto tiempo sin sus noticias! Adiós, amigo.

A SALAVERRIA

No necesita escribirme tan largamente para demostrarme que nunca fué usted un cuco. Mas bien ensayó usted siempre el jabali. Excelente ocasión, ahora, ahí. Ahí en el país vasco. Cale la boina. Requiera el mosquetón.

A GUILLERMO DE TORRE, SEDIENTO DE ESPAÑA

Lánzate, Guillermo. Para el charco. Ya encontraremos trabajo. Fundaremos entre los dos un negocio de ruedas de barquillero. (Ya ves cómo perdura la rueda de LA GACETA.) Argentina es para los argentinos. Suponiendo que Argentina tenga argentinos alguna vez.

Sumario del Robinson

Estatuto del Robinson.—El Paseante en Cortes.—Los Anteojos.—Análisis más que real de la República española.—La República española como asunto catalán.—La escuela única.—Diplomas.—Coplas del tarará a los U. G. T. madrileños.—Los tiros, el negocio y Pío Baroja.—La arquitectura nueva.—El teatro.—El cine.—Nada de soberbia.—Tipos y tipismos.—Ortega, Romanones y el fascismo.—¿Un fra-lazo?—Los augures.—Viajes del Robinson.—Los libros robinsones.—Oda indecible a la Ilbertad.—Judaísmo, Catolicismo, Laicismo.—Fortuna del Robinson.—Servicios de estafeta. Anuncios.

COMPANÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS